

DRPS
FA
807

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500770456



The image shows the front cover and spine of an antique book. The cover is bound in dark green, textured leather. The spine is made of a darker, possibly black or dark brown, leather and features two large, ornate, gold-tooled decorative medallions. The text on the spine is gold-tooled and reads "DOS" on the top line, "MUJERES" on the second line, and "3" on the third line. The book shows signs of age and wear, particularly on the spine and the edges of the cover.

DOS
MUJERES

3

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0807 5-3

0500770456

DOS MUGERES.

POR

LA SEÑORITA DE AVELLANEDA.

—
TOMO III.
—

MADRID, 1842.

—
Gabinete Literario,
CALLE DEL PRINCIPE, N. 24.

Tres meses! tres meses cumplen hoy que no le veo!—Decía la triste Luisa, apoyando su rubia cabeza sobre sus manos, sentada delante de un veladorcillo en el cual se veían esparcidas varias cartas de Carlos.—¡Y no habla de volver!—prosiguió dejando de repente su primera postura, y buscando entre las cartas la última que había recibido.

—Nada! nada dice aquí que pueda darme esperanzas!—Y volvió á tomar la carta que comentaba á medida que leía.

«Querida Luisa: lo que me dices del estado de nuestra respetable madre me causa el mayor dolor; y siento no poder partir contigo los cuidados que prodigas á la querida enferma.»—Lo siente! y por qué no viene? Dios mio! valen todas las riquezas de la tierra el dolor de estar tres meses separado de lo que se ama!

«Aun no he terminado completamente el negocio que me retiene en Madrid, porque las cuentas del difunto se hallaban tan embrolladas, que toda mi actividad y la de los albaceas no han bastado aun para aclararlas»—¡Y sin embargo, hace un

mes que me decia que muy pronto estaría todo terminado!

«En dias pasados tomé la resolucion de volverme á esa y se la comuniqué á los albaceas de mi tio, ofreciéndoles que apenas llegase diría á mi padre nombrase un apoderado mas propio que yo para este negocio. Pero despues de dos dias de reflexion, conocí que no era racional abandonarle á manos mercenarias, despues de haber venido y que acaso mi padre no lo aprobaria... en fin volví á presentarme á los albaceas para decirles que habia desistido de mi primera resolucion.»—¡Oh que facil le fué desistir!.. pero el temor de disgustar á nuestro padre!.. y sin embargo, es tan bueno! Si, él le hubiera perdonado. Quiero hablarle hoy mismo de esto, quiero echar-

me á sus pies para suplicarle que permita á mi esposo volver á nuestro lado. Lo haré, estoy resuelta. Pues que! nunca he de tener valor para decir que soy desgraciada?—Y la pobre niña lloró por muchos minutos con amargos sollozos.

Fuese casualidad ó intencion, aquellos sollozos se aumentaron de tal modo en el instante en que don Francisco saliendo del aposento de su hermana atravesaba una galería, contigua al gabinete en que se encontraba Luisa, que oyéndola el buen caballero entró precipitado y llamándola con sobresalto. Luisa Luisita! Dónde estás?

Aquí.... respondió balbuciente, aquí... estoy.

Hija mial qué tienes? qué te aflige? exclamó su tío acercándose con

paternal cariño y levantándola la cabeza, para contemplar su lindo rostro bañado de lágrimas.

¿Qué me aflige?... tartamudeó ella haciendo un gesto infantil con el cual queria decir—bien lo sabe vd!

Qué te escribe Cárlos, hija mia? ¿te ha dado algun motivo de queja? Habla, Luisita, es tu padre quien te lo suplica.—Y el anciano sentándose junto á ella la atraía sobre sus rodillas.

Queja! no, no es de él de quien debo formar queja...

¿Pues de quién, niña mia? ¿Quién te ha ofendido? ¿quién ha podido ofenderte!

Nadie... pero... él no puede venir sin orden de vd... y vd. no dá esa orden... y ya hace tres meses que no le veo:—tres meses!.. y pa-

sarán otros tantos! pobre de mí!..

Y el llanto y los sollozos comenzaron de nuevo, y fué cosa imposible para el buen caballero hacerlos cesar, por mas que prodigaba caricias y mimos.

Vd. no me quiere! —le respondia Luisa á intervalos, y no salia de este tema. Por fin, don Francisco acertó á tomar la carta que ella habia leído por vigésima vez un momento antes, y al llegar al párrafo en que su hijo hablaba de no haber dejado la corte por el temor de disgustarle, el orgullo paternal le hizo olvidar por un momento las lágrimas de Luisa.—Así!... exclamó! hizo muy bien! esto prueba que no han sido perdidos mis desvelos. Carlos es un hijo respetuoso y sumiso, como hay pocos en el dia. De eso debo tener

orgullo: por mas que mi hermana porfie en que si es bueno, es por su indole natural y no por la educacion que yo he sabido darle, siempre sostendré que ninguna tierra, por buena que sea, dá los mejores frutos sin un esmerado cultivo.

Pero si él es un buen hijo, vd. no debe ser un padre cruel,—dijo Luisa con un atrevimiento tan inusitado en ella que dejó parado á don Francisco.

Yo padre cruel!... exclamó despues de un momento de silencio. ¡Qué estás diciendo, Luisita!

Y la aflijida niña se echó á sus pies pidiéndole perdon, con una humildad que lo eterneció.

No sé lo que digo, repetia; conozco que todo lo que hace vd. debe ser bueno y justo; pero padezco

tanto! hace tanto tiempo que no le veo! moriré muy pronto si esto sigue así.

Y apoyando la frente sobre las rodillas del anciano se abandonaba á su dolor.

Ya está conocido que don Francisco de Silva no era hombre que podía resistir mucho tiempo á los ruegos y á las lágrimas. Levantó á Luisa, besóla en sus lindos ojos encendidos de llorar, pidió pluma y papel, y sobre el mismo veladorcillo en que estaban las cartas de su hijo, trazó estas líneas.

«Carlos: puedes venirte cuando quieras, pues yo daré mi poder á un sujeto mas instruido que tu en esos embrollos. Tu esposa te espera con impaciencia, y tu padre está contento de tí y desea abrazarte.»

Alargó el papel á Luisa, que al leerlo lloró de alegría tanto como habia llorado de pesar. Abrazóla el papá, y dejóla aconsejándola serenarse.

Luisa estaba loca de contento, pero no saltaba ni manifestaba su regocijo con los pueriles extremos propios de sus diez y siete años, sino que siempre tímida y religiosa se arrodilló para dar gracias á la virgen por aquel favor, que sin duda le debía. Luego escribió una larga y hechicera carta á su marido, y cuando volvió al lado de su madre estuvo con ella mas tierna, mas humilde, mas angelical que nunca, pues la felicidad era en aquella alma inocente y buena, como un perfume divino que se hacía sentir á cuantos objetos la rodeaban.

XV III

II.

Nadie, escepto Elvira, tenía conocimiento en Madrid de la partida de la condesa y de Carlos, y de la vuelta de ambos. La misma Elvira no estaba perfectamente instruida de las circunstancias particulares de aquel repentino viaje y aquella repentina vuelta; pero no era ya solamente ella la que conocía el amor de Catalina.

De vuelta á Madrid presentose con Carlos en teatros y paseos, sin hacer misterio de su afición. Aquella muger estremada en todo, y orgullosa hasta el punto de creerse con fuerzas bastantes para dominar ó despreciar la opinion, no habia sabido nunca, ni acaso habia querido saber el arte del disimulo; y Carlos estaba demasiado aturdido todavia de su propia derrota, para poder pensar en las conveniencias sociales. El gran paso para él estaba ya dado. Habia ofrecido y aceptado un amor culpable; habia faltado en su corazon á sus severos principios de virtud; habia sido ingrato con su esposa y perjuro con Dios: para no sentir remordimientos érale preciso no pensar en nada, y el mismo escitaba á la condesa y la conducia de fiesta en fiesta, pro-

curando embriagarse hasta el punto de perder la facultad de pensar

Catalina, imprudente y gloriosa de su triunfo tanto como temerosa de perderle, se engañaba á sí misma con especiosos sofismas para persuadirse que no faltaba á la virtud mientras no faltase al honor; y cuando mas se esforzaba en merecer la estimacion y el cariño de Cárlos, creiase mas justificada, como si no fuese el usurparle el corazon de su esposo el mas terrible é irremediable daño que podia hacer á la desventurada Luisa.

Y sin embargo era naturalmente buena y compasiva. Su gran defecto consistia, como ella misma habia dicho á Cárlos, en que su poderosa imaginacion todo lo engrandecia ó disminuia hasta el esceso; y las mas

estravagantes teorías se hacian realizables para aquella muger capaz de los esfuerzos mas sublimes, como de las aberraciones mas lamentables, pero para la que no existia ningun término medio.

Bien conocia que la avidéz de Cárlos por entregarse con ella á todas las distracciones del mundo, provenia del temor de encontrarse á solas consigo mismo. No se le ocultaba el poder que sobre su noble y recto corazon ejercian los deberes á que por ella faltaba, y recelosa siempre de un arrepentimiento que hubiera herido á la vez su orgullo y su corazon, secundaba diestramente los esfuerzos que hacía el culpable para olvidar su crimen.

Nunca habia aparecido tan hermosa, tan magnífica y esplendi-

da. Daba sin cesar funciones en las que ostentaba para Carlos todo su buen gusto, su elegancia y su riqueza. Embriagábale á menudo con la mágia de sus talentos: su voz admirable era mas dulce y mas espresiva cuando cantaba con él ó en su presencia. Cuando bailaba era una sílfida que parecia escaparse de la tierra para vagar por los aires. Cuando montaba á caballo y Carlos iba con ella al paseo, notaba que todos seguian con los ojos á la elegante amazona, que hacia tascar el freno á un soberbio caballo andaluz que parecia impaciente al verse dominado por la delicada mano de una muger.

Si Carlos hablaba de pintura, Catalina pintaba ingeniosas alegorías, y bellísimas cabezas que todas se parecian á él.

Si le oia celebrar las bellezas de la naturaleza, inventaba un paseo al campo, y con una escasa y escogida sociedad le llevaba á pasar dias de dulce expansion, á los sitios mas pintorescos.

En fin, si le sosprendia un momento como tímido y receloso de su cariño, probábale el exceso de él con mil apasionadas imprudencias. Si por el contrario sospechaba que empezaba á dormecerse en la confianza de su dicha, sabia despertar su inquietud con sagaces y finas coquetterias. Era dulce y tierna y sumisa cuando convenia; y altiva vehemente y dominante cuando debia serlo. Era en fin la antítesis de la muger que habia hecho feliz á Carlos durante 18 meses, y la única que podia fascinarle hasta el punto de ha-

cer que la olvidára.

Carlos, pues, habia visto pasar dos meses desde el dia en que regresó á Madrid con la Condesa, sin que en todo este tiempo se le hubiese ocurrido un solo momento el pensamiento de dejarla. Hallábase como encadenado á pesar suyo al lado de Catalina: no concebía ya como era posible vivir sin ella: sin sus talentos que le fascinaban, sin sus placeres que le aturdián, sin su pasión imprudente que le volvía loco, y aun sin sus coqueterías que le hacían rabiar. Se necesitaban todas aquellas nuevas y variadas emociones, para que Carlos no sintiese el vacío de aquella felicidad inocente que habia perdido, y si aun no bastante eriminal para desconocer su falta, harto débil era ya para desear espiarla.

Mas de un mes hacía que habia recibido de su padre el permiso de volver á Sevilla: no se atrevió ni aun á hablar de ello á la Condesa. Difería bajo diferentes pretextos su salida de Madrid, y cuando alguna carta de Luisa, tierna y quejosa, venía á recordarle que solo por su voluntad aun estaban separados, casi le parecía que era una crueldad de la pobre inocente el pedirle un sacrificio que tanto debia costarle.

Sus cartas eran ya menos largas, menos fáciles; todas reducidas á justificar con pueriles razones su permanencia en Madrid, y á dar seguridades *de su fidelidad, de su constancia*, y del tierno amor que profesaba á su esposa.

Y la amaba en efecto, sí, la amaba todavía, cual el hermano mas tierno

puede amar á su hermana. Pero ay! no era ya ella la que poseía el secreto de su corazon. No era ya ella la que tenia el poder de hacerle delirar de amor, ó enfurecer de celos. No era ya ella, en fin, la muger de quien estaba enamorado.



III.

XIX

La malignidad y la envidia que persiguen con preferencia á las personas elevadas y brillantes, así como, segun observa un poeta, el rayo busca siempre las torres; debian aplaudirse de la imprudencia de la Condesa, que justificando en cierto modo los juicios desventajosos que de ella se formaban, parecia renunciar á todo miedo de defensa y entregar-

se como una víctima resignada. Sin embargo, como nunca habia sido mas pródiga de sus riquezas, mas franca y alegre que entonces, los mismos que destrozaban sin piedad su reputacion buscaban ansiosamente sus placeres, y aunque se aumentaba cada día el número de sus enemigos, crecía tambien el de sus aduladores. La maledicencia es como un perro cobarde, que ladra de lejos al que se le acerca en ademan de desprecio, y que se arroja y ensaña sobre el que le huye temeroso.

Elvira, á cuyos oidos llegaban cada día las hablillas que circulaban en descrédito de su amiga, no era muger de un temple de alma bastante fuerte para poner un dique á la murmuracion: su cobarde aunque sin-

cera amistad, se contentaba con herir por la espalda á los detractores, sin atreverse jamás á desmentirlos cara á cara. No olvidaba empero el informar á Carlos de todo lo que se decia, y aun á la misma Catalina se vió algunas veces á reprender tímidamente por el poco-cuidado que se tomaba por su buen nombre: mas habia en aquella muger un no se qué que intimidaba á Elvira, y era tan poderosa la influencia que ejercía sobre un frivolo y débil caracter, que aun los mismos estravíos de la Condesa tenian algo de respetable á los ojos de su amiga.—Parecia tan superior á la opinion pública que temia Elvira ridiculizarse si mostraba temerla, y concluyó por decirse á sí misma, que no debia tomarse la menor molestia por defender á la Con-

desa contra un juez que ella declaraba incompetente.

No sucedia lo mismo á Carlos: padecía cruelmente al saber que el amor de la Condesa por él daba nuevas armas contra ella, y su violenta indignacion apenas podia ser reprimida por el temor de causarla un daño mayor, tomando á su cargo el vengarla. La loca embriaguez con que durante dos meses se habia entregado á los placeres del mundo, en que veia brillar á su amada, iba disipándose rápidamente. Cuando la acompañaba á una reunion, érale imposible participar de la alegria y confianza con que ella se presentaba. Espiaba las miradas de cada uno de los que le cercaban, prestaba el oido con sobresalto á cualquiera conversacion que se tenia junto á él, siempre recelo-

so de descubrir en alguno la intencion de injuriar á Catalina, y siempre interpretando siniestramente la menor demostracion. Sin ser en manera alguna desconfiado sentíase cada dia mas suspicaz en cuanto podia tener relacion con la Condesa, y su amor y su orgullo se alarmaban igualmente á la idea de que no fuese por todos respetada la muger que era ya señora de su vida.

Catalina veia declinar de dia en dia la alegria de Carlos: en vano prodigaba fiestas para distraerle, y en vano agotaba la mágia de su elocuencia para infundirle el desprecio de la sociedad, de que ella hacia ostentacion. Carlos no podia participar de sus opiniones en este punto, y cuanto mas la amaba, mas sensible era al concepto que el mundo podia

formar de ella. Pero si Catalina no logró inspirarle su indiferencia hacia la opinion, él sin pretenderlo la comunicó su tristeza.

Carlos, — le dijo una noche en que ambos iban á salir para un baile, y en el momento en que el disgusto de su amante se pintaba enérgicamente en su semblante, — creo que haremos bien en no asistir al baile.

Lo deseabas tanto!.... respondió con triste sonrisa.

Esperaba que te divertirías, pero ahora veo que me engañaba.

Y arrancando de sus cabellos su rica diadema de perlas, arrojola lejos de sí y dejose caer llorando sobre un sofá.

Carlos la miró un momento en silencio. Catalina! la dijo luego, yo soy un desventurado que solo ha

aparecido en medio de tu florido camino para sembrarle de espinas. Esa tu vida de triunfos era bien hermosa, sin duda, pero apesar mio no puedo seguirte en ella.

Carlos!.... exclamó ella fijándole con una mirada ansiosa: ¿tendrás por ventura celos?... Ah! si es asi dímelo, dímelo por tu vida, y quitarás de mi corazon un terrible peso.

Celos!.... sí, los tengo, los tendré sin duda! — celos de tu talento, de tu hermosura, de esa felicidad que no me debes á mi. Celos tengo sí, hasta del viento que agita tus cabellos, hasta del objeto inanimado en que fijas casualmente los ojos: pero no es eso lo que me martiriza, lo que me hace aborrecer á los hombres y desear arrancarte de una sociedad que maldigo.

Habla! habla pues! exclamó ella, estendiendo hácia él los brazos en ademán de súplica.

Carlos la asió entrambas manos, y con una mirada llena de pasión.— Que hermosa eres! la dijo: ¿como pudieras no escitar la envidia? Oh! si me fuese dado tomarte en mis brazos, apoyarte sobre mi corazón y presentarte diciendo,—hela aquí, es mi esposa, es la muger adorada por mi corazón! Entonces desafiaría al mundo, entonces seria feliz, porque tendria el derecho de adornarme con tu amor, de enorgullecirme con mi dicha. Pero, ¡desventurado! mi estéril amor nada puede hacer por tí, y estoy condenado á no darte en cambio de tu ternura sino la persecucion del mundo, acaso el descrédito y la vergüenza. ¡Ob

amada de mi corazón! puedes tu pedirme que sea feliz?

Al concluir estas palabras habíase sentado junto á ella, y ocultaba su rostro con las manos para que no viese dos lágrimas, que á pesar suyo habian corrido de sus ojos. Mas era tarde: ella las habia ya devorado con su mirada. Era la primera vez que veia llorar á Carlos. ¿Y qué muger desconoce el poder del llanto de un hombre cuando es amado? Se dice que las lágrimas de la muger son omnipotentes, pero cuanto mas cierta es ia omnipotencia del llanto del hombre! El llanto de la debilidad puede conmover, pero en la debilidad el llanto es natural, es facil, es frecuente. Mas cuando una lágrima humedece un rostro varonil, cuando la fuerza y el orgullo pagan un mo-

mento de tributo á la sensibilidad y á la ternura, entonces la emoci6n que se experimenta es profunda, inesplicable. Hay en ella una mezcla de dolor y de placer, de temor y de confianza. El sentimiento que hace llorar á un hombre, es un sentimiento cuya grandeza intimida á la mujer que le contempla, pero su orgullo se goza del poder que tiene para producirle.

La condesa subyugada por esta emoci6n estuvo próxima á echarse á los pies de su amante. Tom6la él en sus brazos y la oprimió contra su coraz6n.

Catalina, la dijo, fuerza es imponernos ambos un terrible sacrificio. Presentándome contigo en todas partes, no hago mas que dar pábulo á la malignidad que se enfurece con-

tra ti. El disimulo segun empiezo á conocer, es el arte mas necesario al que vive en el mundo, y solo las apariencias son las que constituyen en la sociedad la virtud ó el crimen. Pues bien, preciso es ser esclavos de ellas.

¿Y qué me importa, exclamó ella con impetuosidad, qué me importa la estimaci6n ó el desprecio de una sociedad, cuya inmensa mayoría la forman los tontos y los malvados? Y qué! será preciso revestirse de una máscara hipócrita, degradar su carácter, envilecer sus sentimientos para merecer una mirada de ese mundo que despreciamos?

Oh! respondió él con amarga sonrisa, no debemos despreciarle mientras tengamos necesidad de él.

Pues bien, renunciémosle para siempre.

Catalina. (Llora.)

Si, es preciso: desde hoy quiero emanciparme de él, quiero vivir una vida oscura y retirada. No ambiciono otros homenajes que los tuyos, no aprecio otro placer que el de mirarte, no concibo felicidad sino en ser amada de ti. Carlos! mientras esa felicidad me anime el mundo todo no tiene bastante poder para darme un solo instante de pena, y si la pierdo...

Ah, calla! la felicidad no puedo dártela, no! y eso me atormenta aun en los momentos mas dulces de mi vida. Pero mi amor tuyo es, tuyo mientras yo exista, tuyo si le aceptas, tuyo si le desprecias: tuyo siempre, amiga mia!

Y el insensato solemnizó con juramentos su perjurio, y mas insensata aua la apasionada Catalina le-

vantaba el edificio de su futura dicha sobre aquel carcomido cimiento.

Desde aquel dia cesaron las reuniones en casa de la condesa: su sociedad quedó reducida á un corto número de amigos, y ella y su amante estaban solos la mayor parte del dia. Aquella nueva situacion les encantaba en un principio. Cuan largas é íntimas conversaciones! cuantas horas de deliciosa soledad! Eran el uno para el otro únicamente. No tenian un pensamiento que no fuera comun; adquirian aquella dulce confianza que es el lazo mas fuerte del amor, cuando no le asesina; aquella costumbre de verse, de decirse lo todo, que á veces sobrevive al amor, y que cuando se pierde deja un vacío mas grande en el corazon que el del amor mismo.

Para Carlos era nueva aquella situacion : con la dulce y sencilla Luisa la vida íntima tenia mas suavidad que encantos.

La condesa poseia aquel raro talento de dar variedad á la vida uniforme. Su conversacion era mas amena y seductor, cuanto mas franca y espontánea. Conocia el secreto de evitar el fastidio poniendo siempre en juego el talento ó el corazon, y Carlos casi se impacientaba de que tuviese para aprisionarle tantos atractivos, cuando el creia no tener otros recursos que su amor.

Y sin embargo, engañábase su modestia. La condesa se apasionaba mas y mas cada día, y el exceso de su amor la espantaba. Carlos era un hombre que no se parecia á ninguno de cuantos la habian amado. No era

ciertamente á los de corazon desgastado y teorías mezquinas, á quienes podia pedirles la pasion ardiente y entusiasta de aquella jóven alma ; ni tampoco habia ninguna semejanza entre los insulsos galanteos de los *héros de salon* y aquel homenaje continuo, aunque á veces silencioso, de un amor reprimido abundan.

No era ciertamente Carlos uno de tantos fátuos que abundan en todas partes, siempre gloriosos y confiados, ansiosos de triunfos de galanteos como único lauro á que pueden aspirar : ni era del número de aquellos enamorados infelices que se cuidan mas de ostentarse amantes que amables, y que fastian demasiado al presentarse para que sea posible sufrirles hasta que puedan darse á conocer.

Siempre sincero y digno, ora cediendo al sentimiento que le dominaba, ora combatiéndole con todo el poder de su razón, Carlos, sin estudio, era lo que debía ser para cautivar á la condesa.

Era irresistible en su delirio y respetable en su resistencia. Dejaba conocer todo el poder de su pasión, inspirando al mismo tiempo tan alta idea de su virtud que impedía una entera confianza en aquella.

Amábale con delirio Catalina, amábale porque era digno y acaso también porque no debía amarle. Considerábase desgraciada en que su caprichoso destino le presentase ligado ya con otra por los más estrechos vínculos, al único hombre á quien había verdaderamente querido. La imposibilidad de ser feliz pertenecía-

dole legítimamente, envenenaba de continuo su corazón y se quejaba de su suerte. Pero engañábase á sí misma atribuyendo á una fatal casualidad su desgracia. Si pudiera cada individuo juzgarse imparcialmente, muchas veces se evitaria el trabajo de buscar fuera de sí mismo las causas de su infortunio.

Estaba en la naturaleza del carácter de Catalina que no pudiese gozar con entusiasmo de una dicha fácilmente adquirida, y que no se apegase sino á aquellos bienes de cuyo logro no pudiese tener una certeza, ni aun acaso una esperanza.

Una insaciable necesidad de emociones devoraba de continuo su alma de fuego. En los primeros años de su juventud habíala alimentado con sueños febriles de un amor que

no conocia. Luego con los desengaños de un mundo y de una vida que nada le daban de cuanto ella les pedía, pero que la ofrecían en cambio las punzantes sensaciones de las esperanzas frustradas, y de las ilusiones desvanecidas. Mas tarde los triunfos del amor propio; los planes de la coqueteria, erigida en sistema y en necesidad; el orgullo de saber engañar á un mundo de quien habia sido víctima, persuadiéndole de que era feliz á pesar suyo; los beneficios que repartía como un perfume que solo ella respiraba; todo esto aun la dieron emociones que cada dia, es verdad, se iban haciendo ménos vivas y ménos capaces de satisfacerla, pero que la preservaban de la calma de la inacción que era la muerte para aquella naturale-

za eminentemente movible y tempestuosa. La pasión, y la pasión desgraciada, vino en fin á darla nueva vida, y semejante pasión que la hacia profundamente infeliz, era sin embargo la que debia colocar á aquella muger en su natural elemento, y completar por decir asi su existencia. Aquella pasión siempre igual en su esencia, tenia todas las variadas faces que necesitaba una sensibilidad activa en demasia y propensa al cansancio. Las grandes pasiones son, como todo lo verdaderamente grande, inmutables en su naturaleza y variables en sus aspectos. Asi como el cielo ora azul y espléndido, ora cubierto de nubes; así como el mar, que á veces parece un monótono llano, á veces una escarpada mon-

taña; la pasión tiene en sí misma su propio antítesis, y si su duración es larga débelo sin duda á su continua variedad.

... y semejante pasión que la hace prodigiosamente infeliz, era sin embargo la que debía colocarse á aquella altura en su natural elemento, y completar por decir así su existencia. Aquella pasión siempre igual en su esencia, y en sus variadas facetas que en sí misma es insensiblemente activa en y propensa al consorcio. Las grandes pasiones son como todo lo verdaderamente grande, inmutables en su naturaleza y variables en sus aspectos. Así como el cielo era azul y espléndido, era capricho de nubes; así como el mar que á veces parece un monótono llano, á veces ha escarabado mon-



... Y muchas veces tomaba la resolución de seguirle á Sevilla, de Si el amor de la condesa era mas vehemente cada dia tambien cada dia era mas infeliz. Aquella muger que gozaba con avidez de la felicidad de un instante, aquella cuya filosofia consistia en la imprevisión y en la imprudencia, hállose de súbito asaltada por un nuevo género de tormento, y en los instantes mas dulces que tenia junto á Carlos el

Si el amor de la condesa era mas vehemente cada dia tambien cada dia era mas infeliz. Aquella muger que gozaba con avidez de la felicidad de un instante, aquella cuya filosofia consistia en la imprevisión y en la imprudencia, hállose de súbito asaltada por un nuevo género de tormento, y en los instantes mas dulces que tenia junto á Carlos el

pensamiento de que aquella dicha no podia ser duradera, exaltaba su pasión destrozando al mismo tiempo su alma. —No es libre! tiene una patria! una familia! una esposa! decía Catalina á cada minuto del día: será forzoso que vuelva á ellas, forzoso! y yo.... Dios mio! que haré yo cuando deje de verle?

Y muchas veces tomaba la resolución de seguirle á Sevilla, de vivir en la ciudad que él viviese, de renunciar á todo por él. Pero en el propio instante acordábase que en aquella ciudad, estraña para ella, á que le seguiria pisando su reputación, y renunciando su vida libre y brillante, encontraría una rival adorada de un nombre sin mancilla: una rival jóven, hermosa y pura, y que á ella pertenecería el hombre

por el cual se iba á sacrificar: que ella sería la honrada con el título de esposa suya, y á la que él se haría un deber de proteger y amar, mientras que su desventurada amante solo tuviese por premio de inmensos sacrificios y de humillantes dolores, una palabra de ternura pronunciada en la soledad, y de la cual se acusaría como de un crimen. Oh! que distinta es siempre la práctica á la teoría! Cuando Catalina habia pintado á Carlos la felicidad suprema que gozaria con solo amarle y ser amada en el secreto de sus corazones, cuando le aseguraba á su amante que sus virtudes domésticas y la dicha que diese á su esposa, le harían mas amable á sus ojos y la servirían de gloria á ella misma; cuando se decía bastante generosa

para dejar sin pena todo el honor á su rival, bastándola tan solo el premiar á su amante en secreto con una mirada ó una sonrisa — ¿mentía descaradamente ó se engañaba á sí misma? Sí, se engañaba sin duda, y — ¿cuándo no se engañan todos aquellos que, dotados del fatal don del entusiasmo, pretenden realizar las brillantes teorías que les inspiran sus delirantes sueños? —

— He aquí porque rara vez se halla en los caracteres entusiastas la apreciable cualidad llamada *consecuencia*.

— La condesa estaba muy lejos ya del heroísmo de que se creía capaz al principio de sus relaciones con Carlos. Temblaba sin cesar temiendo el anuncio de su partida, porque bien le siguiera, bien se quedase, creíase que aquel momento comple-

taria la desgracia de su vida. Ni concebía la posibilidad de vivir sin Carlos, ni menos aun la de verle vivir con otra. El germen de la terrible pasión de los celos comenzaba á desenvolverse en su corazón, y había momentos en que la muerte se le presentaba como un bien apetecible.

— No era ya la brillante condesa de S..., no era ya siquiera la mujer de talento que inventaba recursos para retener al amante. Su tez alterada; su mirada ora ardiente y casi febril; ora lánguida y apagada por el desaliento; la desigualdad de su humor; sus movimientos nerviosos; la continua abstracción en que se le veía siempre que no estaba Carlos á su lado, todo revelaba en ella aquel torcedor secreto que cada

dia la oprimia con mas rigor. Pero si ella padecia no era Carlos á la verdad mas dichoso. Su pasión le devoraba: era hombre y en vano queria olvidarlo. Si los remordimientos de su falta aun dormian á veces en su corazon, era porque los sufrimientos de la pasión contrariada le hacian tan infeliz que podia creer que estaba ya suficientemente expiada.

Arrastrado por su corazon al lado de la condesa pasaban dias y dias en la mas estrecha y peligrosa intimidad, y cada vez se retiraba de junto á ella mas enamorado y mas infeliz.

Cuando todos le juzgaban tranquilo poseedor de Catalina era presa de todas las agonias de una pasión continuamente irritada y nunca satisfecha.

Su propia resistencia habia succumbido mas de una vez junto á la condesa, pero parecia que la flaqueza del hombre vigorizaba el orgullo de la muger.

Habia algo de incomprendible para el mismo Carlos en la larga resistencia de aquella criatura tan imprudente y tan apasionada. No entendia como sacrificaba su dicha y reputacion al amor para condenar á aquel mismo amor á una eterna lucha. La mayor parte de las mugeres son detenidas por el temor del desconcepto público; pero Catalina, ¿qué podia respetar cuando arrojaba á los pies del ídolo de su culpable amor todo cuanto su sexo aprecia mas?

Ignoraba Carlos, al raciocinar así, el poder del orgullo, del grande orgullo que se basta á sí mismo y

olo á sí mismo se respecta. Si, el orgullo y el amor eran los solos defensores de la condesa. Sabía que su resistencia la engrandecía, y gozábale en comprar aquel heroísmo aparente á costa de la felicidad de ambos. Hubiera sucumbido si amase menos y si la estimacion de Carlos no le fuese tan apreciable. Pero cuando le amaba bastante para sacrificarle sus triunfos, sus placeres, su reputacion y su sosiego, cuando á fuerza de amor se hacia su esclava, tenia necesidad de ser admirada, respetada y querida. Gozábale en tributarle todos los sacrificios, excepto aquel que acaso pudiera parecer una felicidad para ella misma; y prefiriendo ver sufrir á su amante á verle tibio en su entusiasmo, habia hallado el secreto de su

virtud en un sentimiento de egoísmo; que sin embargo era un egoísmo del mejor género posible, y al cual pudieran darse otros nombres mucho mas raros y sublimes.

No se engañaba en su esperanza: Carlos era infeliz—bien que acaso lo hubiera sido mas siendo ella menos virtuosa—pero ni se quejaba, ni se atrevia á condenarla. Catalina era á sus ojos un ser escepcional á quien idolatraba mas y mas, y casi se complacia en hallarla tan grande y tan superior que le fuese imposible dejar de amarla.

En los sacrificios que una muger hace vencida por el amor, se descubre siempre la flaqueza y es natural que inspire mas lástima que admiracion. Pero si una muger que todo lo pospone á su pasion domina

á esta misma pasión enrobustecida con sus sacrificios, por el solo poder de su voluntad, entonces la admiramos á la par que la compadece- mos: entonces no vemos la débil y ciega víctima de un amor insano: vemos á la muger en toda su dignidad y en toda su abnegacion.

¿Ignoraba esto Catalina?... No sabemos: y si el lector se complace en creer pura virtud su resistencia, dejámosle en libertad para que así le asegure. Pero si las personas que en todas las virtudes humanas buscan por origen y apoyo el egoismo, (por otro nombre interés personal,) se empeñasen en probarnos que á él y al orgullo debe nuestra heroína el no merecer el nombre de una muger comun, no nos creeremos tampoco obligados á contradecirles.

Era el 6 de julio: la mañana había sido calorosa y la tarde no lo era menos: por consiguiente apresurábanse las personas elegantes de Madrid á ir á tomar el polvo del Prado, diciendo que tomaban el fresco. Los coches formaban una larga hilera y en el salon lucíanse las perfumadas cabezas, cubiertas de transparentes velos

y los ligeros talles y los pulidos pies, pues entonces, era el año de 1819, aun no habíamos adoptado la exótica moda de los vestidos arrastrando. En un ligero carruaje, de forma no comun en España en aquella época, aparecieron ya cerca de anochecer la condesa de S*** y su amiga Elvira de Sotomayor. Mas de dos meses hacía que no se las veía en ningún paraje público. — ¿Quiénes son esas? preguntaba una marquesa á otra gran señora que iba con ella en su coche. — Sino me engaño la condesa de S*** y su inseparable. — ¡Ola! ¿vuelve á darse á luz la francesa? ¿habrá dejado ya á su último adonis? — Vendrá á caballo... mas no, no le veo. — Pero, amiga mia, si creo que te engañas, esa no es Catalina de S*** — Es ella, no lo dudes, pero está flaca que dá

miedo. ¿Qué se ha hecho su ponderada hermosura? — Sin duda se ha gastado con su último amor.

Y las dos damas se sonrieron.

Diálogos parecidos á este se suscitaron varios al ver á la condesa; pero ella no parecía cuidarse mucho del efecto que causaba su presencia, y en su rostro se veía una vivacidad triste y estraña, como la que produce la fiebre. Hablaba con Elvira sin echar una mirada en torno suyo.

Si, amiga mia, esa es la causa de haber venido al Prado, y mañana daré un baile, y pasado mañana y siempre.... ¡Quiero volver á la vida! ¿Quiéres volver á la vida, observó con tristeza Elvira, y te estás dejando morir? ¡Si vieras que pálida, que desemblantada estás! Catalina, me das lástima.

¡Lástima!... y sus labios hallaron todavía aquella su antigua sonrisa, desdeñosa é irónica; pero en seguida llenáronse de lágrimas sus ojos, y añadió con profunda amargura. ¡La merezco, no hay duda!

¡Decirme que le es fuerza marcharse!...

¡Eso te dijo el bárbaro!

Sí, que su madre, es decir la madre de... de esa muger con quien le han casado, está muy enferma; que su padre le manda imperiosamente salir de Madrid... en fin, que se vá y que yo... yo no debo acompañarle!

Pues qué querías...

Sí, quería ir con él, como su hermana, como su amiga, como su dama, ó como su esclava... quería.

Dios mio! exclamó Elvira miran-

do con terror á la condesa que prosiguió. — No sabes cuánto le amo! no puedes concebir una pasión como la mia! — pero dime — ¿no le has visto hoy? desde ayer no le veo... acaso se ha marchado... — y bien! qué me importa?... ¿No le dije ayer que le aborrecia, que estaban rotos nuestros vínculos, que le iba á olvidar?...

Eso le dijistes, Catalina?

Y qué! lo desapruebas?... ¿no sabes que me habia arrodillado delante de él, bañada en llanto, rogándole no me abandonase? ¿no sabes que dos veces me he desmayado á sus pies? Y el ingrato, ah! el ingrato me repetia, — no puedo!

Y entonces...

Entonces le aborrecí... le dije que le aborrecia y debo aborrecerle. ¿Le has visto hoy?

No: desde que no vive en mi casa no le veo con frecuencia. — Acaso se ha ido ya... ¡Elvira! es preciso saberlo... para... para morir! porque esto es imposible.

Dios mio! qué tienes! Catalina!... Cochero, á mi casa pronto.

La condesa sufría una terrible congoja. Elvira la apretaba las manos y el coche corría con direccion á su casa. Pero antes de llegar á esta era preciso pasar por delante de aquella en que vivía Carlos, y á pesar de su conturbacion notolo Elvira y dijo. ¡Y qué haya venido á pasar este torpe cochero por aquí!

Oyolo la condesa y animose su rostro de una espresion estraña. Tiró del cordon mandando al mismo tiempo con imperio que parase el coche, y apenas lo hizo arrojose rápidamente

te sin que Elvira tuviese valor ni tiempo para detenerla. En tal caso todo lo que pudo hacer fué seguirla.

Entró en la casa que habitaba Carlos y subió precipitadamente la escalera, mas al llegar á la puerta de su cuarto detúvose fatigada y pálida, y hubiera caido á no llegar Elvira que la sostuvo en sus brazos.

Dos ó tres minutos transcurrieron sin que Catalina pudiese ó quisiese tirar del cordon de la campanilla, y acaso cediendo á las súplicas de su amiga hubiera consentido por fin en volverse al coche sin entrar, cuando la puerta se abrió de pronto y el criado de Carlos apareció en el umbral. Al conocer á la condesa exclamó. — A casa de V. S. iba yo ahora. — La condesa con indecible ansiedad le preguntó. — ¿A qué? ¿á

que iba V. á mi casa?

Señora, no lo lleve V. S. á mal; es que como estaba solo y el amo está ya tan malo que no me conoce, ni hace mas que hablar disparates, y...

Elvira quiso en vano contener á la condesa, que se precipitó en la sala llamando á gritos á su amante. Cuando pudo alcanzarla hallola ya de rodillas junto á la cama de Carlos. Una fiebre violenta le tenia prostrado, y el delirio se veía pintado en sus desencajadas facciones y en sus encendidos ojos. La condesa le besaba las manos y le llamaba con los mas tiernos nombres. A su voz pareció calmarse la agitacion del doliente, y su mirada buscó á Catalina, que le sostuvo en sus brazos. — Yo soy, soy Catalina, tu amante, aqui

estoy para vivir ó morir contigo. — Carlos, Carlos mio! — y besaba sus cabellos y su frente abrasada.

Carlos la conoció, pero sus palabras eran tan incoherentes que la condesa traspasada de dolor estuvo próxima á desmayarse.

Elvira, que en esta ocasion desplegó una presencia de ánimo de que no parecia capaz, logró hacer comprender á su amiga que el estado del enfermo requería cuidados y no lágrimas, y cuando la vió mas dispuesta á proceder con prudencia mandó inmediatamente el coche de la condesa en busca de su médico, y procuró tomar informes del criado de Carlos relativos á la enfermedad de éste. El criado dijo, que hacía dos dias que su amo habia recibido de Sevilla una carta, que al parecer no

le había sido grata : que le notó preocupado y pensativo desde entonces, y que la noche última había salido como loco olvidándose hasta del sombrero; que él corrió á llevarsele, y que no le había alcanzado hasta cerca de la casa de la condesa de S. Que su amo volvió muy tarde, y que desde que le vió conoció que no venia bueno. Que toda la noche le oyó levantado, paseándose por su cuarto con extrema agitacion y hablando solo algunas veces: hasta que por la madrugada le llamó quejándose de frio, y le vió tan demudado que le rogó se metiese en la cama, lo que ejecutó al momento. Desde entonces, añadió el criado, la calentura se ha ido aumentando y me ha parecido que empeoraba rápidamente, por lo cual determiné avisar á la señora conde-

sa, de quien mi amo hablaba sin cesar en su desvario.

De rodillas junto al lecho de Carlos la condesa escuchaba estas palabras con una dolorosa expresion de placer. ¡ Me ama! repetia besando delirante sus cabellos y sus manos ardientes con la fiebre. ¡ Me ama, á mi sola! solamente á mi! ¡ por mi padece! ¡ por mi muere!... Pues bien, el sepulcro nos unirá con lazos mas eternos que aquellos que los hombres tiránicamente imponen! ¡ Carlos, Carlos! añadía con exaltado amor: la muerte sola podía hacerte mio, libertándote del yugo que en el mundo te esclaviza: pues bien: venga en buen hora: ambos debemos saludarla como á un ángel libertador.

Elyira logró nuevamente calmar-

la, y la llegada del médico la obligó á disimular lo mejor que le era posible el exceso de su emoción.

Carlos comenzó á mejorar desde aquel instante, como si la presencia de su querida tuviese una influencia física sobre él, y despues de una copiosa sangría, que se le hizo por mandato del médico, su cabeza pareció completamente despejada y su pulso perdió el vigor febril que habia tenido durante el día.

Habló á Elvira dándola gracias por su cuidado, y asiendo una mano de la condesa la dijo en voz baja.— ¿Por qué me conservas una vida que no puedo consagrarte?

Ella por única contestacion le dió una de aquellas miradas que dejan sin armas á la razon y sin fuerzas á la resistencia.

En toda la noche las dos amigas no se apartaron ni un minuto de junto al lecho del doliente. Este no las decia nada: adormeciase á intervalos y entonces se le oian pronunciar alternativamente los nombres de Luisa y Catalina, pero cuando estaba despierto guardaba un silencio triste y parecia preocupado de algun pensamiento doloroso.

Al amanecer del día siguiente hallándose un momento solo con la condesa la dijo, asiéndola una mano.— Me vuelves con la vida el sentimiento de mis deberes: creia morir y estaba en paz en aquel momento con mi conciencia y con el mundo. Pero tu me lanzas de nuevo á esta lucha espantosa, de la cual saldrá mi corazon despedazado. Toma esta carta, léela, amiga mia, y

dime si puedo olvidarla sin ser despreciable á tus propios ojos.—Tomó la carta la condesa y la leyó temblando. Decia asi:

«Carlos: mi hermana se halla á las puertas del sepulcro: cuando recibas esta tu esposa será huérfana.» La infeliz niña sucumbiendo á los pesares que devora en silencio, desde el momento en que pudiendo estar á su lado permaneces voluntariamente léjos de ella, y á las fatigas y desvelos que sufre con la asistencia de su madre, se halla casi en tanto peligro como esta. Padece hace dias cruelmente, y hay momentos en que tiemblo por su razon, que parece á las veces próxima á abandonarla.

La desolacion ha entrado en esta casa, antes tan tranquila y tan dichosa, y á nombre de las lágrimas

de tu esposa y con la autoridad de padre te mando salir de Madrid en el instante que recibas esta triste carta. Tu deber y mi voluntad te llaman á Sevilla, y si eres sordo al uno y á la otra ... ¡pero no, es imposible! Ven, hijo mio, ven sino quieres obligarme á maldecir el derecho que tengo para darte este nombre.»

La condesa devolvió la carta á Carlos, sin proferir palabra alguna.— Y bien! exclamó él: qué me aconsejas, Catalina? .. — No es ahora tiempo respondió ella: tu estado hace imposible la obediencia á esa órden paternal. Luego que estés bueno ... entonces ... entonces partirás, si puedes, si quieres... si es preciso.

En seguida hizo venir á Elvira

que con la aprobacion de Carlos escribió las siguientes líneas á don Francisco de Silva.

«Primo mio : por órden de Carlos participo á V. que no puede obedecer inmediatamente la órden de V. por hallarse enfermo , pero que saldrá para esa tan pronto como se halle en estado de poderlo hacer sin peligro.

Participamos del vivo dolor que experimenta por la situacion desesperada en que V. le dice hallarse nuestra amada Leonor : pido al cielo conceda á Vds. la resignacion cristiana que en tal caso puede únicamente servirles de consuelo, y tengo el honor de repetirme etc. etc.»

Esta carta fue despachada al correo y Carlos continuó mejorando rápidamente, aunque se notaba que con

la salud parecia aumentarse su tristeza.

La condesa no se apartaba de junto á él, pero ¡ ah ! ; cuánto mas padecia ella misma que aquel por quien se inquietaba !... Las dos mas terribles pasiones devoraban su alma de fuego : el amor y los celos.

Allí , á la cabecera de aquel lecho junto al cual ella velaba sin cesar prodigando ternura , allí sobre la cabeza del hombre que amaba , del hombre á cuyo amor inmolaria con placer su vida , allí estaba como un severo juez , como un dueño celoso , como un testigo eterno , el retrato de otra. Catalina hubiera adivinado quien era el original aun cuando hubiese visto aquel retrato en otra parte. Su corazon la decia que tan celestial imagen era la única que podia resistir

por tanto tiempo al poder de su pasión. Miraba sin cesar aquel retrato que la causaba una emoción indecible, y la hermosura de Luisa, exagerada por su imaginación, le parecía tan irresistible que todo su orgullo, toda su pasión, toda su confianza en su propio mérito vacilaban y sucumbían, al inquieto y temeroso sentimiento de los celos.

Y qué! pensaba ella: ¡habré de devolverlo a sus brazos!... consentiré en restituirselo a esa rival dichosa después de haber sacrificado a un loco amor el porvenir de mi vida!.. — Y al fijar de nuevo sus ojos en la angelica imagen, la expresión de una inocente sonrisa que aparecía en su boca la pareció un sarcasmo.—Ella rió! se dijo apretando sus dientes de marfil sobre su labio inferior que que-

dó ensangrentado: ella es feliz! es virtuosa! es pura!... para ella el honor y la dicha, y para mí la vergüenza y la desesperación. Ah! no! añadió levantándose con ímpetu de ira, — no! guarde ella la gloria de la virtud: yo acepto la infamia: pero quiero la dicha y la quiero a cualquier precio.

Carlos que dormía acababa de despertar agitado, y un nombre se escapó de sus labios. — Luisa!

La condesa se puso pálida y seguidamente encendida como la grana. Acércose al lecho y sentándose junto a Carlos le miró con una expresión desusada. El terrible sentimiento que la animaba en aquel momento prestaba a su fisonomía un carácter de hermosura particular. Carlos la contempló un instante y se estremeció

como si hubiese leído en su rostro la resolución desesperada que acababa de tomar en silencio. Pero estaba tan bella!... ciñóla con sus brazos y la dijo.

No, no tendré fuerzas para dejarte jamás si tu misma no me las das, Catalina: sino me ocultas esa agitación, ese enérgico dolor que revelan tus facciones. Ten pues lástima de mi corazón... — ah! no sabes, no, cuanto ha padecido! — Esta separación que le destroza era ya necesaria, forzosa. La pasión que me consume la hace tan precisa como el deber que me llama á otra parte. Al menos, amiga mía, parto digno de ti: parto sin la vergüenza de haber maldecido como una cruel tiranía la virtud que te ha hecho superior á una pasión delirante. Pero esta lu-

cha no podía prolongarse. — El destino me aparta de ti en el momento en que mi estenuado valor daba el último aliento. Oh amada mía! nuestro amor, que los hombres llamarán culpable, ha sido puro y santo como el de los ángeles... pero yo no soy mas que hombre y mi corazón hubiera pedido mas al tuyo.

La condesa le miró fijamente con una pasión que hizo saltar en el pecho el corazón de Carlos. — Y bien! le dijo, temerías acaso ligarte á mi con mas estrechos vínculos?... La felicidad que te diese no bastaría á tu corazón?

Carlos la abrazó delirante. — Ah! si, exclamó: un momento de suprema ventura y en cambio una vida entera de expiación! — Yo lo hubiera aceptado, Catalina: llamarte mia

un momento y luego... el infierno! qué me importa? —No, prosiguió, no sabes cuanto he padecido, porque no sabes con que delirio te amo: no sabes que en este mismo instante tu mirada me abrasa, tu aliento me enloquece y el contacto de tu mano me devora... Catalina! por qué nos separaremos sin haber conocido la felicidad?...

Y ella sin esquivarse ni ceder á sus trasportes, clavándole su mirada de fuego exclamó. ¿Quiéres que sea tuya, para siempre tuya? ¿quiéres que te consagre mi vida entera? ¿quiéres que olvidemos ambos, en brazos de la felicidad, al cielo, al mundo y á sus leyes? ¿quiéres?... — El la abrumaba de ardientes caricias.. — Soy tuyo, si, quiero que seas mia, quiero la dicha ó la muer-

te, —repetia. — Pues la dicha para ambos, dijo ella, la dicha! Mañana dejaremos para siempre este país y cualquier rincón del nuevo mundo nos dará un asilo. Soy rica, y los amantes dichosos muy poco necesitan. Bien! huyamos de esta sociedad que hace un crimen de los sentimientos que ella no autoriza, que ella no mide con su compas de hielo. Bajo el cielo de la jóven América seremos libres, seremos virtuosos... viviremos oscuros é ignorados, pero viviremos! Ah! no es vivir la eterna lucha de la naturaleza con las leyes humanas. Carlos, amigo mio, no hay, no puede haber crimen para el corazon sino en la falsedad y en la perfidia: no puede ser virtud la hipocresia. Arrojemos su máscara cobarde, y pues no he-

mos podido ser ángeles sepamos al menos ser hombres. Amarnos es una desgracia: pero engañar sería una infamia. Tengo bastante amor para seguirte á donde quieras, á donde pueda vivir como tu esposa.»

Carlos la escuchaba inmóvil. Su exaltacion habia cedido á la sorpresa, al espanto que tan inesperada proposicion le causaba. La impresion que le dominaba no se escapó á la penetrante perspicacia de la condesa, y el movimiento de indignacion y de celos que entonces sintió en su corazon contribuyó á hacer mas ardiente y vigorosa su elocuencia.

Y qué!... vacilas?... exclamó con un gesto enérgico de dolor: ¿Vacilas?... temes acaso, añadió con amarga ironia, comprometer mi reputacion, que está perdida? ¿Te-

mes parecer egoista aceptando por compañera de tu vida á la muger que es llamada públicamente tu querida? ¿O es acaso que vale para ti mas que esa muger, y mas que tu propia dicha, un nombre y una posicion cuyo sacrificio ella te pide: ¡ella que no esperó á que le pidieses igual sacrificio para hacerlo con placer, con orgullo!

Basta por Dios! exclamó Carlos á quien estas últimas palabras habian profundamente conmovido. Oh! no me pidas lo que solo podria ejecutar convirtiéndome en un monstruo. No, no puedo violar un juramento solemne que Dios y los hombres han oido y sancionado. No puedo inmolar al ángel que me ha sido confiado... ¡harto culpable soy con no amarle como merece!... No puedo arrojar

los dolores del infierno en aquella alma inocente formada para la beatitud del cielo.

Acaba, ¡ bárbaro ! exclamó con desesperacion la condesa, acaba de anonadarme. Acaba de pisotear á la desgraciada á quien su amor por ti ha cubierto de vergüenza.

Y cayó sofocada por el dolor y la cólera.

Carlos se echó fuera del lecho y la levantó en sus brazos. Catalina! la decia, yo te amo, te adoro... pero ¿ qué quieres de mi? Serias tu dichosa perdiéndote para siempre en la opinion del mundo?... este amor infeliz que nos estravia, ¿ bastaria siempre á tu corazon?...

Ella se desprendió de sus brazos. Para mi, dijo, no hay mas que esta alternativa. Tu amor ó la muerte!

El uno ó la otra te pido. Pero tu amor, mio, mio exclusivamente, mio todo!... Quiéres que acabe de humillarme ante tí? ¿ quiéres que descubra á tus ojos toda la flaqueza de mi corazon? Pues bien! Sábelo! tengo celos! — celos que me matan, que me vuelven loca. — Carlos! Carlos! à qué estado me has reducido!

Y cayó á sus pies pálida, suelto el cabello, inundada en llanto. Ya es demasiado! gritó él apretándola en sus brazos: Catalina! tuyo soy! dispon de mí! — Te seguiré donde quieras, cometeré mil crímenes si tu voz omnipotente en mi corazon me los dicta. Ven! todo lo olvido! Dios, el mundo, el honor.... — ven! y embriágame de amor y de placer, y seamos tan felices como somos culpables.

se , y Carlos triste , preocupado , pero resuelto á seguirla á cualquier parte , se abandonó enteramente á ella y á su amor : con aquella especie de desaliento con que sucumbimos á un destino contra el cual hemos luchado vanamente.

Mientras él se entregaba ciego y débil á su loca pasión , la condesa tomaba desde su retiro todas las disposiciones para poder realizar su partida tan pronto como se hallase Carlos completamente restablecido ; y Elvira , que sin conocer sus proyectos empezaba á temer vagamente alguna gran imprudencia en su amiga , la escribía larguísimas cartas á las cuales no recibía otra contestacion que esta.

«Soy feliz : no me digas nada.»
; Pobre Catalina ! decia Elvira llo-

XXII.

Las agitaciones de aquel dia memorable volvieron á Carlos la fiebre con toda su primera violencia. La condesa le asistió , y cuando estuvo mejor se marchó con él á una casa que poseia á algunas millas de Madrid. Su encargado de negocios quedó ocupado de la venta de varias fincas de que juzgó oportuno deshacer-

rando, y mirando al mismo tiempo en un espejo si la sentaban bien unos lazos de perlas que acababa de comprar: me tiene en la mayor inquietud y apenas podré divertirme en el baile de esta noche, al cual llevaré los ojos encendidos por las lágrimas. = Y herida de esta reflexión cesó de llorar y mojó presurosa una finísima tohalla para refrescar sus bonitos ojos.



XXIII.

Los asuntos de la condesa estaban en buen estado y todo dispuesto para su largo viage, que era sin embargo un secreto para todos. Carlos todavía débil y triste, encadenado á los pies de su apasionada querida, veia acercarse el dia de su espatriacion con una especie de indiferencia. No tenia ya bastante energía ni para el dolor ni para el placer. Creyó sin

embargo necesario ir á Madrid para depositar los asuntos de su padre en manos de los amigos de éste, y escribirle largamente como tambien á Luisa, confesando su culpa, implorando el perdon, y renunciando á favor de su esposa todos los bienes que poseia de su madre, y cuantos por muerte de su padre pudiera heredar.

La condesa á quien detenian en su quinta algunos negocios le dejó partir ofreciéndole ir á reunirse con él á fines de la semana, (era lunes.) Carlos al hallarse solo, al dejar de ver sus ojos que le fascinaban, y de oír su voz que llegaba siempre al alma, conoció al mismo tiempo lo imposible que le seria vivir sin ella, y el remordimiento de una accion cuya enormidad no veia sino cuando dejaba de ver á su amada.

No vaciló sin embargo y apenas llegó á Madrid visitó á las personas á quienes habia resuelto dejar encargadas de los asuntos de su familia, y luego comenzó á escribir; primeramente á su esposa. Esta carta no fue escrita con serenidad, como bien puede presumir al lector.

¡Habia amado tanto á la pobre niña! ¡la queria aun con afecto tan tierno! No pocas veces mientras su mano trazaba las líneas que debian herir de muerte su corazon, espantado de la grandeza de su crimen tuvo impulsos de suicidarse, terminando con su vida la lucha atroz que destrozaba su alma.

Concluyose sin embargo la carta: quebrantado cayó en seguida sobre su cama, y un mar de lágrimas amargas y abrasadoras brotó de sus ojos,

aliviando algun tanto su corazón. Había pasado la noche escribiendo: era ya de día y sucumbiendo á la fatiga quedose un momento adormecido. En sus ensueños veia á Luisa pálida, flaca, cubierta de luto, llorando á la vez á su madre muerta y á su esposo infiel y fugitivo, y con la agitación que le causaba esta pesadilla despertó sobresaltado. Pero la vision de su sueño no habia huido con él. ¡Allí estaba, tal cual se la habia representado su imaginacion; flaca, pálida, enlutada!... ¡Era ella, de pie junto á su lecho, fijándole con su dulce y misericordiosa mirada, tendiendo hacia él sus manos blancas é inocentes, como si implorase compasion.

Carlos lanzó un grito, y en su exaltacion púsose de rodillas exclamando.—Perdona, ángel ultrajadol

Ah! viva ó muerta, perdóname!

Carlos, esposo mio, — respondió una voz musical que Carlos no habia oido hacia siete meses — acabamos de llegar: he querido sorprenderte; nuestro padre te espera en la fonda en que nos hemos hospedado. Temíamos hallarte muy enfermo! ah! gracias á Dios supimos por Elvira que estás ya bueno. Aquí me tienes. ¡cuanto he padecido!... vengo á buscar á mi esposo... no tengo ya madre! — Y le levantaba la inocente abrazándole, y vertiendo en su pecho abundantes lágrimas.

Carlos no sabia si dormia aun ó si estaba despierto. Parecia completamente lelo.

Ven, le repetia Luisa, un coche nos espera á la puerta.

Y se le llevaba consigo sin que

él hiciese resistencia.

Sin embargo, al atravesar la sala en la cual habia algunos preparativos de su viage, detúvose repentinamente y mirando con una especie de espanto á su muger, — dímelo de una vez, exclamó.—Es cierto que eres Luisa?... que estás en Madrid?... ¿A qué has venido?...—Ingrato! respondió ella con ternura: sabia que estabas malo ¿y me preguntas á qué he venido? ¿Te pesa, Carlos, añadió mirándole con una vaga inquietud, te pesa por ventura mi venida?

Carlos se dió con la mano en la frente. Acababa ya de comprenderlo todo: de conocer la verdad. — No! dijo tomando la mano de Luisa y apartando de ella los ojos: no, amiga mia.

Bien venida seas!

Y la siguió en silencio.

—89—
XXIV.

Quando dos sentimientos poderosos luchan en el corazon, la victoria obtenida por uno de ellos vigoriza en vez de aniquilar al otro. En el amor sobre todo se observa con frecuencia esta especie de fenómeno. Si nos hallamos colocados entre esta tirana pasión y un deber sagrado, ella vence regularmente, pero todos los sacrificios que obtiene, todos los

trios de que se adorna, como que debilitan al corazon que se los ha concedido. El deber habrá sido sacrificado, y como toda víctima inocente escitará la piedad á la par que el remordimiento, mientras que su altiva vencedora oprimiendo al corazon que todo se le ha sometido acaso acabará por fatigarle. Pero si en el momento mismo en que casi nos arrepentimos de ejecutar á favor de la pasion vencedora un inmenso sacrificio, un obstáculo independiente de nuestra voluntad llega súbitamente á impedirlo, entonces se verifica que en vez de regocijarnos del inesperado auxilio, nos indigna é irrita. El deber que como víctima habia adquirido fortaleza se nos representa ya como verdugo, y el amor que triunfante nos fatigaba adquiere con la contra-

riedad una nueva energia que comunica á la voluntad.

¡Orgullo y pequeñez del corazon! Siempre le hallareis así: en todos los climas, en todas las gerarquias, con corta diferencia el corazon humano es siempre el mismo. Veréisle sin cesar anhelando cederlo todo á la pasion que le domina y arrepintiéndose á proporcion que dá. Veréisle indómito á cuanto no sea su pasion para convertirse despues en tirano de su propio ídolo. Toda su fuerza está en la contrariedad: dadle el poder de sacrificarlo todo y lo vereis muy presto cansarse de ese mismo poder.

Si Carlos hubiera realizado su fuga con la condesa, acaso el valor de cuanto por ella sacrificaba hubiérase aumentado en su imaginacion, y el arrepentimiento y el pesar vengarían

suficientemente á la abandonada Luisa. Pero la repentina mudanza que acababa de verificar aquella muger que se le aparecia sin ser llamada, para volverle á la senda del deber que estaba próximo á abandonar, hizo enmudecer la voz interior que le hablaba todavía en favor de aquel mismo deber; y lo que en ejecucion le pareciera un sacrificio doloroso figurábasele, al verle deshecho, una felicidad destruida.

Hallábase en los brazos de su padre y su esposa, y en vano se esforzaba para corresponder á sus caricias. Un pensamiento, un objeto único le ocupaba. — Catalina! Era ella en aquel momento la verdadera víctima á sus ojos.

Al verse restituido á pesar suyo á una esposa ultrajada, conmoviolo

menos la cándida ignorancia de la ofendida que el dolor de la ofensora. Su imaginacion le pintaba con vivos colores cuanto debia sufrir su apasionada y celosa amante al saber aquel acontecimiento imprevisto, — y el ingrato no pensaba en cuanto debia sufrir tambien la inocente Luisa si penetraba en aquel instante el culpable corazon de su esposo!

Felizmente no sucedió asi. ¡Es tan ciego el amor! tan fecunda en ilusiones la inocencia. ¡Tan crédula la confianza! — El desconcierto de Carlos no parecia á Luisa sino un natural efecto de placer y sorpresa. Era tan feliz en aquel momento que ninguna sospecha dolorosa podia caber en su alma.

Sentada sobre las rodillas de su tío y oprimiendo entre sus manos

las manos de su marido mudo y confuso junto á ella, referíale con elocuente sencillez cuanto habia padecido, cuanto habia llorado. Revelábasele ruborizándose los secretos de su puro corazón: secretos que pudieran escuchar sonriendo los mismos ángeles. Ninguna sospecha, ninguna desconfianza se traslucía en las penas mas ocultas de aquella alma tierna: ninguna reconvencion se escapaba de aquellos labios tan dulces.

Carlos padecía. Sus ojos fijos en Luisa bajábanse con frecuencia preñados de lágrimas: pero su corazón, su culpable corazón ahogaba rápidamente los impulsos de un momentáneo arrepentimiento.

Y sin embargo al verla, al oirla, al recordar cuanto la habia amado y al sentir cuanto era amado todavía

parecíale en algunos instantes que habia sido víctima de algun peroso sueño, y que todo lo acaecido en aquellos seis meses últimos no era mas que una ilusion de su fantasia.

Abismado en confusos pensamientos permanecía junto á Luisa sin saber que resolucion tomar en aquella crisis de su destino, cuando un coche se detuvo á la puerta y poco despues se presentó Elvira. Su parentesco con los recién llegados, y la visita que estos le habian hecho apenas dejaron la diligencia, la obligaban á corresponder con todo el empeño y atencion posibles, pero advertiase á primera vista que cedia con cierta repugnancia á la imperiosa ley de las conveniencias sociales.

Carlos al verla sintióse tan turbado como si viese á la misma Catali-

na, y Elvira le lanzó una mirada tan celosa como hubiera sido la de aquella.

En seguida, y mientras sostenia distraida una conversacion lacónica é insignificante con don Francisco, en la cual no manifestó ni una sola vez su genial locuacidad, miraba frecuentemente á Luisa, y admirada y conmovida de su perfecta hermosura, volvía los ojos hácia Carlos con una espresion colérica y como si quisiese decirle, —V. es indigno igualmente de su esposa y de mi amiga.

Carlos no pudo soportar largo tiempo la violenta posicion en que se hallaba. Despidiose con un pretesto frívolo, y en vano la mirada de su múger espresó una tímida queja. Salió precipitadamente de aquella casa cuya atmósfera le ahogaba. Tenia

todo el aspecto de un loco, y nadie al verle hubiera podido desconocer que un terrible combate tenia lugar en su alma.

Apenas hubo vuelto á su casa despachó un correo á la condesa con una carta que sólo contenia estas incohesas palabras.

«Mi esposa ha llegado: mi padre tambien. El rayo ha caido sobre mi cabeza. Estoy loco. Tranquilízate, Catalina: yo te amo mas que nunca... ¡desventurado! mas que nunca! No sé que debo hacer: es terrible, es atroz la alternativa. Pero ¿no te he jurado al aceptar tus sacrificios, hacer por ti todos los que me exijas? Otro juramento habia prestado antes: tu lo sabes: ¿será mi suerte el eterno perjurio? Y sin embargo soy mas infeliz que culpable. Espero tus ór-

denes. Puedo morir por obedecerte y seria un bien para mi, para ti y para ella.»

Despachada esta carta se sintió aun mas agitado. ¿Qué resolucion tomaria la condesa? ¿Pediriale nuevamente el abandono de su esposa, de su inocente esposa que venia huérfana y triste á apoyarse en su corazon? Esta idea le hacia estremecer; y sin embargo, cuando pensaba en la posibilidad de que Catalina desistiese de su proyecto y acaso renunciase á su amor, experimentaba impulsos de ira y desesperacion tan violentos que casi le hacian aborrecer á la causa inocente de su desventura.

El dia pasó sin que se hallase con valor para volver junto á su esposa: tan prolongada ausencia comenzó á

sorprender á don Francisco y á inquietar y á afligir á Luisa.

¿Qué hace tu marido? — repetia el anciano caballero con notable disgusto.

Luisa nada contestaba, pero su propio corazon la decia como su tio, — ¿qué hace tu marido?

El sol llegaba á su ocaso y no parecia Carlos. Don Francisco no pudo sufrir mas y salió en su busca: Luisa al verse sola se deshizo en un mar de lágrimas. Sin embargo, nada sospechaba todavia. Su corazon oprimido por vagos é indeterminados temores no dejó escapar un solo impulso de desconfianza, y concibió todas las desgracias escepto aquella de que era realmente víctima.

Cuando don Francisco llegó á la casa que habitaba su hijo, acababa

este de salir de ella y corria desatinado á ver á Luisa. Su correo habia llegado dos minutos antes con estas líneas de mano de la condesa.

«Te comprendo: el sacrificio que me ofreciste es para ti la muerte. No le acepto. Puedo cederte, jamás divertirme: te cedo! Todo concluye para mi. Sé dichoso.»

La desesperacion de Carlos no conoció límites. Habriase precipitado por el balcon si una rápida é instantánea reflexion no le hubiera contenido. Su muerte voluntaria acaso perderia á la condesa en la opinion del mundo: sobre ella recaeria la odiosidad pública, y sobre ella las acusaciones de su familia.

Carlos en su extremo delirio concibió el pensamiento de confiar á Luisa todos sus secretos: de ímplo-

rar de rodillas no su perdon, no, sino el consentimiento para ser mas culpable todavia.

El bárbaro no se acobardaba á la idea de arrancar á aquella alma tierna el voluntario sacrificio de toda su ventura.

Voló, pues, á la casa de Luisa y subió precipitado y con aire decidido la escalera que conducia á su habitacion. Hallóla triste y sola, lánguidamente echada en un sofá. Habíase cansado de esperarle y la afliccion y el desaliento se pintaban en su hermoso rostro. Mas al presentarse Carlos incorporóse con viveza, brillando en sus ojos un rayo de felicidad y le tendió los brazos. — Carlos! fue todo lo que pudo pronunciar, pero el sonido de su voz, su acento, su mirada trastornaron en

un momento el corazón del culpable y vacilaron sus resoluciones.

La espresion violenta pero enérgica que animaba su semblante, fue cubierta por una repentina nube de tristeza, y pálido y temblando dejóse caer á los pies de su esposa, que se arrojó á su cuello con mortal sobresalto.

Carlos, esposo mio, qué tienes? repetia con angustiado acento. Y atrayéndole á su pecho sintió correr sus lágrimas. ¡Oh Dios mio! exclamó temblando: ¡tu padeces! tu me ocultas algun secreto terrible! Carlos! Carlos! habla por compasion!

El se apartó de sus brazos con un movimiento convulsivo, y comenzó á pasearse maquinalmente por la sala con estrema agitacion. Luisa le seguia toda trémula juntando sus

blancas manos en ademan de súplica.

Detúvose de repente Carlos y asiéndola del brazo con una especie de furor,—nada me preguntes, la dijo, nada! por Dios y por las cenizas de tu madre te lo suplico. Soy muy infeliz: esto es todo!

¡Eres infeliz! exclamó ella aterrada, y cayó á sus pies como herida de un rayo. Carlos la llevó en sus brazos al lecho, profundamente conmovido, y reanimada por sus caricias fijó Luisa sus ojos en él con inefable y tristísima ternura.

¿Has dicho que eres infeliz, Carlos? le dijo. No he oido mal? ¿es cierto que eres infeliz? — ¡hoy! ¡el dia de nuestra reunion! — Y pasando rápidamente por su pensamiento el recuerdo de la voluntaria permanencia de su marido en la corte, y las

palabras que se habian escapado de sus lábios en el primer momento de sorpresa que experimentára al verla, añadió con profundo terror, — Carlos! ¿no me amas ya?

Siempre! la dijo él. Siempre serás mi hermana y la amiga de mi corazón. Siempre te amaré con toda la ternura de mi alma. Pero ¿puedo hacerte feliz? ¿puedo serlo yo mismo?... Tan imposible es ya como el devolverte tu libertad perdida. Los hombres nos han encadenado con vínculos eternos y tu, pobre ángel, serás víctima como yo de sus tiránicas y absurdas instituciones.

Tales reflexiones jamás pudieron ocurrírsele á Luisa, pero ¡ah! aquellas insensatas palabras habian dado una luz funesta á su ciega inocencia. No tuvo palabras, no tuvo un gesto

siquiera para expresar lo que en aquel momento sentia, lo que en aquel momento adivinaba. Doblose bajo la mano de hielo de su primer desengaño, como un arbusto humilde bajo las alas del cierzo.

Don Francisco volvió á las nueve de la noche cansado de buscar inútilmente á su hijo, y hallóle junto á la cama de Luisa. La desventurada se encontraba rendida por una fiebre violenta, pero don Francisco no pudo sospechar la culpabilidad de Carlos. Sus cuidados por la enferma eran tan tiernos, tan viva su inquietud y tan verdadera, que el anciano caballero le perdonó su estraña conducta durante el día, y atribuyendo la indisposicion de Luisa á las fatigas del viaje retiróse á su alcoba, muy convencido de que los dos esposos

se amaban con la misma pasión que el día en que presencié sus juramentos en la catedral de Sevilla.



XXV.

Tres días pasaron después de haber recibido y contestado la condesa la carta de su amante, sin que tuviese noticias suyas. No era preciso tanto para exaltar aquella alma naturalmente estremada. La desesperación se apoderó de ella y horribles resoluciones se sucedieron unas á otras sin dar lugar á la ejecución.

Su dolor no era el dolor profundo y resignado de Luisa : era el do-

lor en toda la energia, en toda su violencia, en todo su delirio. Dos veces salióse á pie, sola y frenética en medio del calor del dia, con ánimo de llegar de aquel modo en presencia de su feliz rival y de su débil amante, y darles un espectáculo cruel traspasándose el corazon á vista de ambos. Dos veces tambien la siguieron sus criados en mitad de la noche, y la vieron vagar desatinada por los alrededores de la quinta, y detenerse horas enteras al borde de un hondo estanque, como si leyese en sus turbias aguas algun consejo terrible.

Veíase la pasar en un momento de la mas convulsiva movilidad á la inaccion mas completa; y habia momentos en que la expresion de un semblante y la incoherencia de sus palabras podian persuadir que se hallaba

en un verdadero estado de demencia.

Al tercer dia su desesperacion tomó un carácter mas silencioso y constante, y acaso en él se hubiese realizado el desenlace de esta historia si Elvira no hubiese llegado á tiempo de impedirlo.

Buena aunque cobarde amiga, corrió al lado de la condesa adivinando el estado en que la encontraria, y sin embargo aterrola el aspecto sombrío de su dolor, y concibió temores que hasta entonces no habia tenido. Ansiosa de templar su amargura á cualquier precio, noticiola la enfermedad de Luisa que justificaba en cierto modo la conducta de Carlos; dando al mismo tiempo seguridades que ella misma no tenia, de la firme resolucion de este de consagrarse todo á su amante, tan pronto pudiese

sin escándalo desentenderse de su desgraciada esposa. Elvira fue mas lejos: exageró la gravedad de la dolencia de Luisa y aseguró con empeño que daba pocas esperanzas de vida.

No le era posible á Elvira comprender perfectamente el alma de su amiga: jamás se elevaba á la altura de sus sentimientos. Aquella muerte presumible, anunciada como una buena noticia, afectó dolorosamente el magnánimo corazón de la condesa y causó un visible trastorno en sus pensamientos. Acaso era capaz aquella muger apasionada y violenta de asesinar á su rival en un arrebatamiento de furiosos celos, pero no lo era de calcular las ventajas que podian resultarle de su muerte, ni de fundar sobre su tumba el edificio de sus esperanzas.

Debemos hacer justicia: no existia alma mas noble y generosa que la que animaba á aquella muger culpable.

A la idea de Luisa moribunda, de la esposa inocente y ultrajada espirando junto á un marido criminal, concibió el dolor y los remordimientos de este: le hubiera despreciado profundamente si pudiese creerle libre de ellos. Hasta aquel momento la felicidad de su rival habia exacerbado su dolor: entonces su dolor recayó sobre los padecimientos de su víctima.

Juzgóse con rigor á sí misma y condenóse. Los estravios de las nobles almas no han menester de jueces ni verdugos: ellas mismas se juzgan y se castigan, ¡ay! acaso con sobrada crueldad.

Pasó el día en honda y silenciosa tristeza: Elvira se esforzaba en vano por hacerla hablar ó llorar. Permanecía horas enteras en completa inmovilidad, los ojos clavados en el suelo, su pálida frente nublada como si reflejase un pensamiento lúgubre. A veces levantaba al cielo su mirada y sus labios murmuraban confusas palabras. Aquellas palabras que nadie entendía eran palabras sublimes. Espresaban un voto del cual solo Dios podía comprender la grandeza y heroicidad. El voto de no reclinar jamás su cabeza culpable en el casto lecho de la esposa moribunda: de no sucederle nunca en el tálamo nupcial de Carlos: en el tálamo que ella dejaba tan puro y que él había mancillado.

Oh! digan lo que quieran los ig-

norantes detractores del sexo débil que pretenden conocerle, hay en el corazón de la muger un instinto sublime de abnegación. En aquella mas corrompida por el mundo, en la mas extraviada por las pasiones, ó madesnaturalizada por la educación, existen todavía hermosos sentimientos, instintos generosos que rara vez hallareis en los hombres.

Pedidles en buen hora á ellos las brillantes acciones inspiradas por la ambición, la gloria y el honor. Pedidles la osadía del valor, la franqueza de la libertad, el noble orgullo de la fortaleza: en muchos, aunque no en todos, encontrareis algo de esto. Pero no pidais sino á la muger aquella inmolación oscura, y por lo tanto mas sublime; aquella heroicidad sin ruido que no tiene por

premio ninguna gloria del mundo; aquella generosidad sin límites y aquella ternura inexhausta, que hacen de toda su vida un largo y silencioso sacrificio. No pidais sino á ella la esquisita sensibilidad que puede ser herida profundamente por cosas que pasan sin dejar huella sobre la vida de los hombres. Sensibilidad de que dimanau sus defectos, que ellos exajeran y neciamente propalan, y sus virtudes que desconocen y desfiguran.

Por eso la muger es siempre víctima en todas sus asociaciones con el hombre. No lo es solamente por su flaqueza, lo es tambien por su bondad. Buscadla amante, esposa ó madre y siempre la hallareis sacrificada ya por la fuerza ya por su voluntad: siempre la hallareis generosa

y desventurada, ah! si, muy desventurada!

Pero no vayais á decírselo á esos reyes por la fuerza, que tan decantada proteccion aparentan darla: no vayais á decirles, «el sexo á quien llamais débil y al que por débil habeis cargado de cadenas, pudiera decirnos, — sois cobardes! — si el valor, mejor entendido, solo se midiese por el sufrimiento.» — No se lo digais, no, porque despues de haberle inhabilitado para los altos destinos que exclusivamente se han apropiado, despues de cerrarle todas las sendas de una noble ambicion, despues de anatematizar cualquier lauro que haya arrancado trabajosa y gloriosamente á su orgullo, todavia serian osados á disputarle el triste privilegio de la desventura: todavia

querrian despojar á la víctima de su corona de espinas y persuadirla de que era dichosa.

Al cuarto dia una carta de Carlos llegó á la quinta de la condesa. Luisa estaba fuera de peligro. Catalina respiró como si la descargasen de un enorme peso. Carlos escribia lleno de compasion hácia su esposa pero lleno tambien de amor hácia su querida. Conjuraba á esta á que se tranquilizase, y jurándola morir si le retiraba su amor ponía en sus manos el destino de ambos. Mas al ofrecerse todo á su amante mostrábale la certeza que tenia de que su esposa no sobreviviria á su abandono, y dejaba comprender que tampoco él soportaria largo tiempo una existencia emponzoñada por el atroz remordimiento de haber sido el asesino de Luisa.

La condesa leyó aquella carta por tres veces y pareció despues profundamente pensativa. Elvira respetando su larga meditacion no se atrevia á hablarla para preguntarla su intencion, pero observando el semblante de su amiga concibió lisonjeras esperanzas. Parecian disiparse las sombrías nubes que turbaban y obscurecian aquel hermoso semblante, y una espresion de altiva calma substituia á la honda desesperacion que algunas horas antes se pintaba en cada uno de sus rasgos.

Triunfará, — pensaba Elvira, — triunfará de una loca pasion: recobraré á mi amiga. Y acercándose á ella y asiendo una de sus manos, — Catalina, la dijo, tu orgullo solamente puede salvar ahora á tu virtud, y veo con placer que ese poderoso

defensor no te ha abandonado.—Sí, respondió ella con una sonrisa que hizo estremecer á Elvira, — si, la cólera del destino no sería satisfecha si ese invencible orgullo no existiese. Sí, necesario era en este instante para que el combate fuese mas atroz y mas difícil el triunfo.

Y trazando rápidamente algunas líneas alargóselas á Elvira que las leyó temblando. Eran estas.

«Es forzosa una víctima? Bien! yo lo seré: pero basta una sola. Ocúltale á la inocente, ocúltale por piedad tu crimen y el mio. Que viva feliz en su ignorancia, y si puedes tú vive feliz tambien en tu perfidia. Procura que jamás sorprenda en tus labios la estampa de mis besos. Yo acepto el destino con que me brindas.»

¿Y cuál es ese vergonzoso destino? exclamó fuera de sí Elvira. Catalina! ¿has reflexionado lo que vas á hacer? ¿has comprendido la posición en que quieres colocarte?

En la que mas me humilla, respondió la condesa, en la que debe arrancar lágrimas de sangre á mi culpable corazón. Pero esta sola pudiera ser expiación de mi delito. Yo que me he complacido en encender en el alma de un hombre una pasión criminal, no soy ciertamente la que tiene el derecho de castigarle por ella. Sea él dichoso, y que su dicha no cueste lágrimas sino á mi sola.

Elvira despechada olvidó en aquel momento el respeto que instintivamente tributaba á su amiga, y = haces bien! la dijo con amargura: ¡haces bien en disfrazar la vergon-

zosa causa de tu caída ! Pero ¿ debía dominarte de ese modo un insensato amor ? ¿ debía hacerte perder con la razón todo instinto de pudor , todo sentimiento de orgullo ? ¿ Debía ser resultado de tu larga meditación la resolución de aceptar cerca de la esposa respetada y querida , el título infamante de dama de su marido ? ¿ Para qué , pues , te sirve tu talento ? para que tu decantada superioridad ?

Para qué ? respondió con amarga sonrisa la condesa . Para lo que sirven siempre ! Para atraer la desventura y alejar la compasión : para poner en espectáculo nuestras faltas y hacer incomprensibles nuestras virtudes .

XXVI.

Luisa se hallaba restablecida de su enfermedad ; don Francisco encantado con revivir sus antiguas amistades y lleno de ambición y de proyectos respecto á su hijo , había resuelto permanecer en la corte , y un lindo cuarto principal en la calle de Alcalá hospedaba ya al buen caballero , á su hijo y á su nuera .

Demostrado tenemos que el señor

de Silva no carecia de cierta vanidad, perdonable sin duda, y no sorprenderemos al lector al decirle que al hallarse nuevamente relacionado en la corte, y en contacto con el círculo aristocrático y político, entrósele súbitamente en el cerebro el pensamiento de proporcionar *alguna importancia*, — segun decia, — á su único heredero.

Con la misma tenacidad con que en otros dias se empeñó en mandarle á Madrid, se decidió entonces á obtener para Carlos, á cualquier precio, algun destino honorífico que hiciese resaltar las ventajas de su ilustre nacimiento, esmerada educacion y considerables riquezas: ventajas que creia oscurecidas mientras no ocupase algun puesto en el mundo político.

La carrera diplomática era y habia sido siempre su favorita, y todos sus esfuerzos se dirigieron á alcanzar para su hijo el título de secretario de embajada en alguna de las principales cortes extranjeras.

Carlos, sin embargo, no se cuidó en su principio de estas pretensiones. Su corazon se hallaba demasadamente ocupado con su posicion respecto á las dos mugeres á cuyos destinos se hallaba enlazado el suyo.

La condesa permanecia en su quinta á la cual iba diariamente Carlos á pasar muchas horas en su compañía. Más apasionado, mas afectuoso que nunca, su amor se forzaba por hacer olvidar á Catalina la amargura de su posicion, y jamás se apartaba de su lado sin hacerse una dolorosa violencia.

Conocia ella que nunca como entonces habia sido amada. Segura estaba de su imperio, afianzado por la generosidad con que sacrificaba su orgullo y el celoso esclusivismo de la pasion, á la ventura de su amante y de su misma rival, pero era no obstante muy infeliz.

¿Podia aniquilar aquel orgullo que habia atrevidamente pisado? ¿Podia olvidar la brillante vida que habia renunciado, su reputacion perdida para siempre, su libertad encadenada por reprobados vínculos? La pasion en aquella alma fogosa y delicada ¿tendria el vigor de perseverancia que aleja los momentos de cansancio, en los cuales volvemos la vista á lo pasado y nos asombremos de la estension del camino que hemos corrido, y nos decimos con

profundo desaliento: — no es posible ya el volver atrás!

Devorada todavia por su pasion la condesa analizaba ya los dolores que ella le atraia, y sus momentos mas dulces eran aquellos en que el torcedor de los celos la atormentaba bastante para privarla de la facultad de medir su desventura.

Horrible cosa era sin duda para aquella muger tan apasionada y á la par delicada, haber de dividir con otra la posesion de su amante: tocar su mano caliente aun con el calor de Luisa: respirar su aliento impregnado aun, por decirlo asi, del aliento de Luisa. Los hombres no comprenden esta especie de suplicio en las mugeres. Se creen con el derecho de ser esclusivamente delicados en este punto, y por eso sin duda les

vemos tan exigentes, tan celosos de la pureza de sus mugeres, mientras que no escrúpulizan de ofrecer á la mas inmaculada vírgen los restos impuros de una juventud pródigamente dispendiada. Pero atormentada por los celos la condesa era siempre generosa, y la dicha de aquella rival con quien dividia á su amante era el consuelo de su propia desventura.

No la habia visto nunca; la peregrina belleza de Luisa no habia podido exaltar sus temores: y acordábase siempre de que habia estado moribunda, acaso por encontrar el corazon de su marido sin calor para abrigar su delicada existencia. Sentia compasion hácia la tierna jóven que ya no tenia madre, que entraba en el mundo inexperta y tímida, sin armas para defenderse de las perfi-

dias, sin antidoto alguno que oponer á los dolores. La felicidad que Carlos diese á Luisa debia forzosamente causar envidia y dolor á la condesa, y sin embargo érale necesario aquel dolor: érale necesaria la felicidad de Luisa.

Carlos le daba mil seguridades de ella. Decíala con frecuencia que la inocencia y la credulidad de su esposa no la permitian concebir la menor sospecha: que despues de las primeras escenas desagradables que habian tenido lugar entre los dos, la buena y demasiado indulgente Luisa se habia dejado consolar sin dificultad, prestando entero crédito á las falsas esplicaciones que él creyó conveniente darla. Carlos estaba cierto segun decía, de que Luisa era incapaz de celos, y que siendo

con ella atento y afectuoso nada mas pedia ni necesitaba. Luisa era, juzgada por su marido, una criatura eminentemente apreciable y sosegada: era en fin forzosamente una mujer dichosa supuesto que no se quejaba nunca.

Pero ¡cuánto se engañaba! La callada y al parecer tranquila esposa era mas infeliz de lo que puede espresarse. No la cegaba ya su inocencia, ni la sostenia su confianza. Una terrible verdad habia brillado delante de sus ojos. ¿Qué valia su ignorancia respecto á la infidelidad de su marido? Para ser profundamente desgraciada bastábale la certeza de no ser amada.

Las palabras de Carlos, aquellas palabras que la habian lanzado al borde de la tumba ¿podrian borrarse

jamás de su memoria y de su corazón? Oíalas siempre: oíalas sin cesar: junto á Carlos, lejos de Carlos, despierta, dormida...; aquellas palabras resonaban constantemente en sus oídos, é iban á grabar directamente en su alma la amarga certidumbre de que el vínculo eterno que los unia era ya para él una pesada cadena.

No se quejaba, es verdad: habia escuchado con atencion y bondad las esplicaciones y disculpas de su marido, y á pesar de toda su inesperienza comprendió que se hallaba arrepentido de su imprudente sinceridad y que intentaba repararla. Era todavia bastante bueno y compasivo para desear engañarla, y ella aparentó estarlo.

Era la vez primera que fingia: es
III.
9

tambien lo primero que enseña el mundo y Luisa entraba en él. Ya se iniciaba, á pesar suyo, en los secretos de sus decepciones y de sus perfidias.

Guardaba pues silencio y observaba á su marido. Bien pronto al pesar de conocerse desamada debia seguir la dolorosa sospecha de creerse ofendida.

Carlos estaba con ella cada dia menos. Marchábase á caballo todas las tardes despues de comer y no volvía hasta muy avanzada la noche, dando siempre frívolos pretextos á sus periódicas y largas ausencias.

Estaba don Francisco tan ocupado de sus proyectos y pretensiones, y tan asediado por sus antiguos amigos que no fijaba su atencion en la conducta de Carlos. Salía por las tardes

antes ó poco despues que éste, y no volvía hasta la hora de acostarse, que era para él fijamente las once. Antes de meterse en cama iba un momento á la alcoba de Luisa en la que hallaba algunas veces á Carlos; y como ninguna alteracion nótese en la tierna confianza con que se trataban, retirábase muy satisfecho de la felicidad de los dos esposos. Verdad es que con mas frecuencia encontraba sola á Luisa, pero al presentarse el buen caballero siempre acudia una dulce sonrisa á disipar las nubes de tristeza que oscurecian el semblante de la pobre abandonada, la que disculpaba la ausencia de su esposo de manera que dejaba satisfecho al anciano.

¿Estás contentas? solía preguntarla al marcharse.

Si, padre mio, — contestaba ella.

Ibase entonces muy complacido don Francisco, y un mar de lágrimas espiaba la generosa mentira de la infeliz niña.

A nadie podía confiar sus penas, á nadie pedir consejo y compasion. Evitaba con extremo cuidado que don Francisco pudiese concebir la menor sospecha, porque temia ver destruida la buena armonia que reinaba entre padre é hijo, hacer sufrir á este la cólera violenta de aquel, y acaso emponzoñar los últimos dias del anciano que se consideraba feliz con la dicha de sus hijos.

Tanto poder tenian en ella estos temores que cuando Carlos volvia demasiado tarde velaba ella para esperarle y hacerle entrar con sigilo, evitando que don Francisco sabien-

do la desusada hora á que se recogia exigiese esplicaciones que acaso Carlos no podria dar, ó que pudieran producir dolorosos efectos.

Pero en medio de tan increíble bondad su descontento crecia por instantes. Sospechaba ya toda la estension de su desgracia, y los celos fermentaban ocultos en su alma.

Muchas veces en mitad de la noche dejaba su lecho para espiar por decirlo asi, el sueño de su marido, con la esperanza de oir escaparse de sus labios alguna palabra que disipase ó confirmase sus temores. Al despertar Carlos hallábala todavia junto á su cama. — Tan temprano te has levantado, querida mia?

Ya lo ves, respondia ella, como tus ocupaciones me privan de ti muchas horas del dia quisiera anticipar

aquellas en que puedo verte y oírte.

Si entonces Carlos la dirigia una tierna mirada, si articulaba una palabra afectuosa retirábase para ocultar el exceso de su emocion, y se decia con alegría. — Acaso volverá á amarme: acaso no se ha mudado completamente su corazon. ¿No tiene todavia aquella mirada que me hacía feliz? ¿aquel mismo acento que siempre llega á mi alma?

Cuando hemos sido amados con verdad y hemos tenido fé en el sentimiento que inspiramos, nunca preveemos la posibilidad de que deje de existir. El momento llega sin embargo, súbito, inesperado: el corazon fascinado no ha comprendido los síntomas precursores de su llegada, y muchas veces dudamos todavia aun despues de tocar la terri-

ble verdad. El corazon parece asirse con mayor tenacidad á la ilusion que se le escapa. Asi Luisa en presencia de aquel que tan venturosa la habia hecho y podia hacerla aun, creia imposible la duracion de su desventura.

Pero cuando dejaba de verle, cuando contaba en la soledad de su cuarto horas interminables de ansiedad, cuando volvia los ojos en torno suyo sin encontrar un seno amigo donde reclinar su cabeza atormentada, entonces faltábala resistencia y saliendo de su habitual mansedumbre osaba quejarse al cielo.

¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamaba: no es justo que una pobre muger sea oprimida por tanta desventura.

Mientras tanto pasaban dias y dias y ninguna mudanza se operaba fa-

vorable á Luisa, por el contrario, su situacion era cada vez mas desgraciada.

Un dia, en la hora en que acostumbraban comer, Carlos que se paseaba por la sala entró de pronto en el gabinete en que ella se hallaba sumida en triste cavilacion. —Y qué! la dijo con mal disimulada impaciencia: ¿no comemos hoy?

Nuestro padre, respondió Luisa, no ha salido todavia de su aposento.

Y qué hace? ¿en qué se ocupa? repuso Carlos con enfado. ¿Qué significa que á las cinco de la tarde aun no hayamos despachado?

No lo sé; dijo ella con dulzura.

La impaciencia de Carlos era tan facil de comprender como la morosidad de don Francisco. El uno anhelaba volar junto á su amada y el

otro, que en aquella mañana habia visto fallida su esperanza de obtener para su hijo un brillante destino, era presa de un negrisimo humor que le hacia olvidar hasta la necesidad de comer.

Carlos continuó paseándose, pero como pasaban los minutos unos tras otros sin que su padre saliese del aposento en que ocultaba su despecho, el enfado del jóven se hacia mas y mas visible.

¿No comeremos hoy! volvió á decir á su muger.

No lo sé, — respondió segunda vez ella reprimiendo una lágrima.

¿Esto es insufrible! exclamó Carlos. Tengo precision de salir; — precision absoluta, — y mi padre se enojaria si me marchase antes de acompañarle á la mesa. ¿No es verdad,

Luisa? — No lo sé, tornó á decir ella, y Carlos enojado con el lacinismo de sus respuestas le volvió la espalda con precipitacion. Su reloj, que miraba por momentos, señalaba ya las seis y no pudo sufrir mas. Pensó en la impaciencia, en la inquietud que su tardanza causaría á la condesa, y volviendo á donde estaba su muger, con una cara en que se pintaba su anhelo por dejarla. — Luisa, dijo, hazme el favor de entrar al aposento de mi padre y advertirle la hora que es.

Obedeció Luisa y volvió á decir á su marido que ambos debian comer solos, pues don Francisco se sentía un poco indispuerto y no quería asistir á la mesa.

Carlos entró corriendo á ver á su padre, pero enterado de la poca im-

portancia de su indisposicion volvió á salir prontamente y dijo á su esposa, que le esperaba para sentarse á la mesa.

Cómes hoy sola, querida mia, pues como ya te he dicho, tengo absoluta precision de salir ahora mismo.

Luisa bajó los ojos, y por mas esfuerzos que hizo para reprimir su dolor estalló en un mar de lágrimas.

Carlos que iba ya á salir se detuvo oyendo sus ahogados sollozos. Luisa! que tienes?—la preguntó.

Nada contestó la niña, el llanto embargaba su voz.

Carlos se aproximó evidentemente disgustado.

¿Que significa esto, Luisa?

Un repentino impulso de indigna-

cion prestó valor á Luisa , que contestó con profunda amargura. —Que soy muy desgraciada!

Admirado y conmovido Carlos se quedó parado , y sin hallar palabras para pedir á su esposa mas clara esplicacion. Luisa continuaba llorando y él se sentia impulsado á permanecer junto á ella , á consolarla , á mentir si era preciso para devolverla la tranquilidad ; pero el momento no era oportuno : la condesa esperaba y los minutos volaban.

Tomó la mano á su esposa rogándola con mal ordenadas frases que se calmase , y ofreciéndola volver temprano se marchó precipitadamente.

El dolor ahogaba á Luisa. Aquella conducta de su marido le pareció bárbara y humillante. No solo no la

amaba sino que tampoco trataba ya de engañarla. Carlos la desatendia , despreciaba su dolor , hollaba toda clase de consideraciones y daba al olvido todos sus deberes.

Estos pensamientos la volvian loca , pues experimentaba impulsos nuevos y estraños á su naturaleza: impulsos de odio y de venganza , que en casos iguales han perdido á muchas mugeres , que no hubieran jamas sido culpables si hubiesen podido ser insensibles al ultraje.

Agitábase aquel tierno corazon con movimientos desordenados , y esclamaba con dolor y cólera. ¿Quién es , quiero saberlo , quien es la muger que me usurpa su cariño : que le ve , que le escucha , mientras que yo , pobre abandonada , me adorno inutilmente en la soledad con el va-

no título de su esposa? ¡Pérfido! ¿porque ha jurado amarme eternamente? ¿porque engañarme así? y á Dios!.... si; tambien á Dios ha engañado el infiel! Oh madre mia, madre mia! ¡cuán amargos hubieran sido tus últimos momentos si hubieses previsto la suerte que aguardaba á tu hija!

Lloraba amargamente y sucumbia en algunos momentos é la fatiga que causaba en su delicada organizacion la continuidad de su pensar, pues aquella situacion no era de un día: todos eran acompañados del mismo malestar, y con haber dejado conocer á su marido que padecía, solo habia conseguido hacerle mas culpable á sus ojos.

En efecto, Carlos no se hacia ya ilusion: sabia que su esposa era in-

feliz, y este descubrimiento le era tanto mas doloroso cuanto que se veia imposibilitado de devolverle la dicha que le habia robado su nueva pasion. Su posicion era mas difícil con respecto á Luisa y su conducta por consiguiente menos natural. Cuando la creia ignorante de su falta aún hallaba un placer en su compañía, pero desde que en su presencia solo podia encontrarse como un reo delante de su juez, ó como un verdugo delante de su víctima, evitaba cuanto le era posible el encontrarla sola.

Conociendo que no podia satisfacer al corazon de su esposa, que no trataba ya de disimular su descontento, observaba con mayor cuidado todas las exterioridades, desvelado por no darla ningun motivo

aparente de disgusto. Cuando no podía evitar encontrarse á solas con ella hallábase confuso, embarazado, y por consiguiente frio; pero en público redoblaba sus atenciones y cariño, y puede asegurarse que jamas marido infiel ha sabido honrar tanto á la esposa que ultrajaba.

Pero ¿que valian todas aquellas aparentes consideraciones para una criatura que con poca vanidad tenia un escesivo amor á su marido? Mas tierna que orgullosa Luisa hubiera trocado por una mirada de ternura todos aquellos respetos que parecian destinados á encubrir su desventura.

Crecia esta con su duracion. La pobre jóven iba perdiendo de dia en dia la esperanza de una mutacion feliz. Y no la agoviaba únicamente el

dolor de verse desamada, que tambien era para su religioso corazon un pesar profundo, la idea de que su marido era culpable á los ojos de Dios. Persuadida ya de que una nueva pasion era la causa de su indiferencia hácia ella, estremeciase al considerar la enormidad de aquel pecado, y en aquellos momentos.—Dios mio! decia con fervorosa piedad, no es mi felicidad sino su salvacion la que os pido. Que jamás, si es preciso, vuelva á pertenecerme su corazon, pero que sea vuestro sólamente. Yo cubriré mi frente de ceniza y me arrastraré por el polvo, para espiar su pecado: ¡perdonadle, señor, y volved al redil esa oveja extraviada.

Pero Dios parecia sordo á la angélica súplica: la oveja no volvia al redil, y la celestial resignacion de Luisa

la abandonaba con frecuencia.

No es un capricho! decia: ¡ no es un pasajero estravío! ¡ le he perdido para siempre! ¡ ha olvidado á Dios en cuya presencia juró amarme toda su vida! ¿ Como es posible este exceso de perversidad? ¿ Como es esto posible, Dios mio?—repetia la inocente con profundo dolor! Como faltar asi á un juramento sancionado por vos!

En la primera época de la juventud, y aun mas tarde, los corazones tiernos descansan con entera confianza en la solemnidad de un juramento, y no conciben la posibilidad de quebrantarlo sin perder la estimacion que inspira el objeto amado.

Asi es que una muger exige de su amante la promesa de un amor eterno, y un amante pide á su querida

igual seguridad, como si de esta dependiese la duracion del sentimiento, y como si debiese respetarla.

Tanto valdria pedir el juramento de que en el dia de mañana gozaremos la misma salud que hoy, ó que tendremos la misma juventud á los 40 que á los 20 años. Tal es sin embargo la ceguedad del amor que la persona que confesaria absurdo el juramento de no tener nunca arrugas ni canas, ni padecer de dolores de estómago, jaquecas ó ataques de nervios, confia en el que una boca amada pronuncia, obligándose á hacer que el corazon no esperimente nunca las influencias irresistibles del tiempo y los acontecimientos.

Nada es mas comun que oir en boca de la persona desamada la terrible interpelacion—*¿que se han hecho tus*

juramentos? ¿Porque antes no se pregunta á la naturaleza: —¿que se han hecho las hojas y las flores de que vestian los árboles, cuando el viento invernal las arrebató? ¿ que se hace en fin la vida del hombre cuando deja de animar su cuerpo?

Ella, la naturaleza responderia,— todo cambia, todo pasa! Esta es mi ley: la ley inmutable; la ley eternal



XXVII.

La vida de Luisa era bien amarga: no salia casi nunca, ni hallaba en la soledad ningun género de consuelo. En uno de sus mas tristes dias fué Elvira á visitarla y quedó asombrada de la alteracion que habia sufrido su hermosura. Quiso ser discreta y no darse por entendida de los sufrimientos que revelaba el abatido semblante de la jóven esposa, pero eran tan claras las muestras de dolor que en

la conversacion daba Luisa , sin advertirlo, que Elvira se sintió enternecida.

La pobre niña no podia sostener la mas insignificante conversacion: hacia preguntas estravagantes sin escuchar la respuesta , y contestaba á las de Elvira con tal desconcierto que ésta no podia comprenderla. A veces deteniase en mitad de una frase y sin acertar á concluir la principiaba otra que dejaba tan truncada como la primera.

Elvira la miraba con sorpresa y lástima. Preguntóla por Carlos y á este solo nombre vió estremecer á la pobre niña.

No vá á su casa de vd? dijo con ansiedad: ¿no la visita á vd. con frecuencia? yo creia que pasaba con vd. todas las tardes.

No ciertamente,— respondió Elvira bajando los ojos , porque no ignoraba con quien pasaba las tardes el marido de Luisa. Luego deseando dar otro giro á la conversacion , preguntó á su prima por que vivia tan retraida de toda sociedad, y la invitó á proporcionarse algunas distracciones.

Como estoy tan sola ! dijo con profunda tristeza Luisa : ¡siempre sola! No tengo en esta corte ninguna amiga.

Yo creia , repuso Elvira , que vd. me honraria con este título. Es verdad , dijo Luisa con distraccion , es verdad que vd. debe quererme un poco.... ¡compadecerme! —vd. es la única persona que en Madrid me está allegada por vínculos de parentesco.

Y recordando de pronto y por primera vez, que existia otra señora que estaba en igual caso, añadió con la mayor sencillez.—Tambien la viuda del conde de S*** es mi parienta pero no la conozco: no me ha visitado.

La turbacion de Elvira al oír estas palabras fué tan notable que no pudo menos que fijar la atencion de Luisa. Fingiose distraida con el paisaje de su abanico, pero como Luisa la miraba con alguna sorpresa, se esforzó para decir algo y dijo con tono de indiferencia.

Si la condesa no ha visitado á vd. no será ciertamente ni por olvido ni por desprecio del vínculo que las une, sino por que se halla fuera de Madrid en su casa de campo hace cinco meses.

No ha sido mi intencion, contestó Luisa, quejarme de la condesa. Y estas pocas palabras dichas con la mas perfecta simplicidad alarmaron á Elvira, que con mas bondad que discernimiento se apresuró á decir.—No tiene vd. tampoco motivos de queja. La condesa tiene enemigos que la calumnian y no debe vd. dar crédito á nada de cuanto digan.

Ningun enemigo suyo conozco, repuso Luisa con la misma sencillez que antes; nadie me ha hablado de la condesa, cuya visita no he deseado pero hubiera agradecido. Y participando á pesar de su angélica bondad, de las prevenciones de su madre añadió.—Y no debo á la verdad extrañar su falta porque nunca han existido relaciones amistosas entre esa estrangera y mi familia.

Elvira hallaba en cada una de las palabras de Luisa un indicio vehemente de que no ignoraba el amor de Carlos á la condesa, y con aquella ligereza que tan á menudo la hacía cometer con las mejores intenciones las peores imprudencias, se propuso justificar en lo posible á su amiga.

Veo, dijo, que han influido mucho en vd. las lenguas maldicientes que se empeñan en hacer daño á Catalina de S.^{ta} y como me honro con su amistad creo un deber mio desmentir calumnias que alteran la felicidad de vd. y agravian á mi amiga.

Luisa la miró fijamente; aquellas indiscretas palabras hacian nacer en ella sospechas que hasta entonces no habian pasado ni remotamente por su pensamiento, pues ni de la exis-

tencia de la condesa se habia acordado hasta aquel momento. La fijeza de su mirada desconcertó á Elvira que continuó pronunciando palabras incoherentes.

La envidia, — la malignidad, — Carlos sabe que siempre han calumniado á la condesa.—Su amistad por ella es tan desinteresada y tan pura! —no debe vd. creer hablillas y chismes.

Despues de este truncado discurso calló Elvira, evidentemente embarazada con su posicion y Luisa, calló tambien.

La visita no fué larga: Elvira se despidió sin volver á mencionar á la condesa, y Luisa permaneció profundamente pensativa hasta que llegó su marido.

Carlos parecia aquel dia mas triste

que nunca : Luisa por el contrario le recibió con un rostro mas risueño de lo que el suyo lo estaba hacía bastante tiempo.

Mientras llegaba la hora de comer quiso dar conversacion á su marido, bien que esta antigua costumbre hubiese estado interrumpida en aquellos últimos meses, y entre otras cosas dijo á Carlos que tenia en Elvira una apasionada amiga.

Carlos hizo mil elogios de aquella dama, y de otras varias que sucesivamente y con aparente sencillez fué nombrando Luisa, la cual le dijo por último.—De quien nunca me has hablado es de la condesa de S.^{***} y segun he oido tambien te profesa una grande amistad.

Carlos lanzó sobre ella una mirada de águila que parecia querer pe-

netrar hasta su alma, y como Luisa acertase á sostener su papel de simplicidad, él se puso en pie y la dijo con atrevimiento.

Esa grande amistad es una concecion gratuita que me dispensa el público. La condesa de S.^{***}, no es tan amiga mia como suponen. Pero ¿quién te ha hablado de ella, querida Luisa?

Nadie mas que Elvira, contestó la joven.

Carlos, á quien esta declaracion aumentaba la osadía, añadió. Tengo con ella mucha mas intimidad que con la condesa. Y bien ¿que te ha dicho Elvira de su amiga?

Que es muy hermosa,—dijo Luisa atreviéndose á mirar fijamente á su marido.

Muy hermosa!... no; no tanto:

es una figura mediana; respondió él aparentando indiferencia.

Y aun antes de venir á Madrid, añadió Luisa, me acuerdo de haber oido celebrarla como muger de gran talento.

Si, ... así se dice, — tartamudeó Carlos, sin saber que postura tomar, — pero se exagera. Y que! ¿no comeremos hoy, querida mia? Son las cinco.

Luisa se levantó y con el pretexto de ir á dar disposiciones para la comida se retiró á llorar. Todo lo sabia ya! su rival era la condesa de S...: y era hermosa! y tenia gran talento!

Aquella conversacion que daba tanta luz á las sospechas que Elvira habia inspirado á Luisa, prestó á Carlos alguna tranquilidad.

Muchas veces en aquella última época habia creido á su muger perfectamente instruida en todo lo relativo á su falta; y como no pudiese sospechar á la sencilla niña capaz de astucia, como ignoraba la rapidez con que el mundo y la desventura enseñan á las mugeres este arte que algunas veces las sirve de escudo y muchas mas de puñal, dedujo de cuanto habia oido á la desgraciada niña que se hallaba en completa ignorancia respecto á la cómplice de su crimen, y volvió á creer posible el tranquilizarla, mintiendo excusas á la conducta estraña que no podia ménos que notar en él.

Su error fué corto por desgracia. Aquel mismo dia estaba señalado por el destino para descubrirle toda la estension de su falta y de la desven-

tura de su esposa.

Luisa sucumbiendo á los dolores de su corazón en aquella mañana, tuvo por la noche una fiebre violenta. Cuando volvió Carlos de la quinta de la condesa, hallóla delirando. Por fortuna don Francisco, que ignoraba la indisposicion de su nuera, no se encontraba junto á ella, pues de lo contrario todo lo hubiera sabido aquella noche.

Luisa en su desvarío nombraba á la condesa y á Carlos, hablaba de perfidias y de infidelidades, y á veces invocaba á la muerte exclamando, —él la desea acaso para mí! es el único medio de recobrar su libertad perdida!

Carlos traspasado de dolor la pedía en vano de rodillas que se tranquilizase: Luisa le miraba sin cono-

cerle al pronto, y cuando por fin le reconocía, —Ven! esclamaba, —no me abandones sin compasion! Yo estudiaré los medios de agradarte y adivinaré tus deseos los mas fantásticos! ¿Necesitas talentos en la muger á quien ames? por tí y para tí los adquiriré yo. Quiero poseer como ella todos los encantos: quiero que al verme digan todos —es la primera muger del mundo, porque es la esposa de Carlos.

La fiebre la prestaba una elocuencia que jamas podia alcanzar en su natural estado. Estaba hermosa, patética, sublime en su delirio.

Carlos apretándola en sus brazos pensaba morir de dolor, y hubo momentos en aquella terrible noche que tres meses antes hubiera bastado para decidir la cuestion del

destino de las dos mugeres , entre las que se veia colocado. Momentos en los cuales no hubiera sido escuchada la voz del amor que le hablaba en favor de Catalina , ni hubiera podido el recuerdo de sus sacrificios, libertarla de ser inmolada en las sagradas aras del deber, junto al lecho de dolor de la casta esposa.

Pero ya no era posible: Catalina no era ya únicamente una seductora amante , una sublime amiga. La naturaleza revistiéndola de un augusto carácter, de un indisputable derecho, la ligaba á Carlos con el mas dulce y mas santo de los vínculos. Delante de él eran débiles todos aquellos creados por los hombres; y el nuevo deber y el nuevo sentimiento que llenaban el corazon de Carlos, eran mas poderosos que

todos los impulsos de ternura y de piedad que podia escitar la situacion de Luisa.

Sufria horriblemente, pero ninguna resolucion podia tomar que le sacase de aquel insoportable estado de agonía. Con ninguna promesa podia consolar el corazon de Luisa que veía destrozado.

Entre las dos mugeres á quienes hacia igualmente desgraciadas, y de las cuales la una tenia el derecho sagrado de esposa, y la otra un derecho no menos respetable, animado de la mas viva ternura por la una, de la mas violenta pasion por la otra, y de la mas profunda piedad hacia las dos, desesperábase de no poder conciliar la felicidad de ambas y no se hallaba con valor de sacrificar á ninguna.

Lamentable era aquella posicion, y sin duda de los tres personajes de esta historia, no era Carlos por entonces, el menos infeliz.

Aquella noche fué para él verdaderamente terrible; pero aquella noche pasó como otra cualquiera. Luisa calmada la fiebre que habian producido las agitaciones de aquel dia en que descubrió quien era su rival, volvió á su estado habitual de silenciosa tristeza; y Carlos que la veia resignada aunque infeliz, y que imagiaaba que su presencia debia ser dolorosa para aquella muger tan ofendida y tan callada, buscaba en su imaginacion un medio decoroso para sacarla de tan violenta situacion, que era para él mismo insufrible.

Todo lo sabia Luisa, no podia ya

intentar engañarla, y no pudiendo tampoco satisfacerla realmente el partido único que le quedaba era dar reposo á su corazon, alejando de su vista al ingrato que la ultrajaba. Asi pensaba Carlos: solo su ausencia le parecia un consuelo para Luisa, despues que le era conocida toda su desgracia. Aquella ausencia necesaria ya, acaso la proporcionaria tranquilidad y olvido. Era una barbárie abusar de su prudencia, poniendo siempre delante de sus ojos á su ofensor: era tambien una insufrible humillacion para Carlos hallarse todo el dia confuso y trémulo en presencia de aquella víctima callada, que nada exigia, que de nada se quejaba, y que sin embargo le acusaba con su silencio y le humillaba con su resignacion.

Entonces se acordó de las pretensiones de su padre, y pensó mucho en ellas como en un recurso plausible para salir de aquella posición de la cual era preciso librarse á toda costa. Obteniendo el destino de secretario de embajada en cualquiera nacion estrangera, podia separarse de su muger sin llamar la atencion de nadie, y con un pretesto satisfactorio que ella misma aprobaria.

La salud de Luisa parecia decaida; algunos facultativos opinaban que la convendria volverse á Andalucia, y de todos modos Carlos se proponia declarar que un viage mas largo la seria perjudicial, y que un clima mas frio no le era en manera alguna conveniente. Contaba con la docilidad de Luisa y con el deseo

que ella misma debia tener de facilitar aquella indispensable separacion, y contaba tambien con el influjo de la condesa, para obtener el destino que pretendia.

En efecto, Catalina que era libre y podia seguirle á cualquier parte debia regocijarse con aquella determinacion de su amante. Los médicos podian ordenarla unos baños que justificasen su salida de Madrid, caso que ella quisiese disfrazar la verdad, y en el estado en que se hallaba nada podia convenirle tanto como una vida oscura en un pais estrangero, cerca del hombre á quien amaba y al cual iba á poseer por fin esclusivamente.

La felicidad que tanto habia anhelado algunos meses antes y por la cual estaba dispuesta á sacrificar su

posicion, su nombre, su porvenir; aquella felicidad que habia sido el sueño de su amor, estaba ya en su mano, y para obtenerla no era preciso un escándalo, ni hacer su amante el sacrificio de su destino, ni herir de muerte á un padre y á una esposa. Catalina debia considerarse tan dichosa cuanto era posible serlo en la posición en que se habia colocado: pero no sucedia así!

El mismo sentimiento nuevo y poderoso que prestaba energía al corazón de Carlos, habia quebrantado el corazón de su amiga. En aquella alma poderosa aquel sentimiento en aquella posición, era una cosa terrible.

Un gran trastorno, un trastorno doloroso se habia operado en aquella muger: solo entonces comprendió

toda la estension de su falta y el horror de su destino.

¿Que felicidad podia existir para ella? El amor? no! no era el amor ya la pasión dominante en su corazón de fuego. El amor! ah! á él debia aquella inmensurable desventura de hallar en el mas dulce de los sentimientos el mas humillante de los dolores!

Catalina hubiera sido fuerte para su infortunio, pero entonces otro destino y no el suyo la ocupaba: una vida cien veces mas preciosa que la suya estaba en las garras de la desventura y del oprobio. Aquella misma opinion de un mundo que despreciaba, cuando su fallo solo en ella podia recaer, se revestia de una autoridad terrible cuando le consideraba levantado contra una adora-

da víctima. No seremos nosotros los que esplotemos aquella alma para pintar con detalles sus secretos dolores: nos basta bosquejarlos. Mujeres que sois madres! á vosotras dejamos el cuidado de terminar este cuadro. Vuestro corazón os dirá mas que cuanto la imaginacion nos revela.



XXVHI.

Lucian entonces los últimos dias de otoño. Los árboles comenzaban á despojarse de sus vistosos follages: las hojas amarillentas alfombraban la tierra y las aves viageras levantando su vuelo, iban á buscar en las costas africanas el calor que bien presto robaria el invierno al hermoso sol de Castilla.

Desprendiáanse los punzadores vientos de la nevada cima del Guadarrama, y sus hálitos penetrantes eran ya sensibles en Madrid, donde todo comenzaba á tomar la actividad que la naturaleza deponia. Formábanse tertulias; los teatros solitarios recobraban su esplendor, y se trasladaban á la poblacion la vida y la alegría que se ausentaban de los campos.

Sin embargo, aun habia en el aspecto de la naturaleza aquella melancólica hermosura mas grata á los corazones heridos ó cansados que la pompa risueña de la primavera. Bellos son los últimos dias del buen tiempo; bellos y tristes como los últimos afectos de un corazon que ha sido poderoso. A mi me agrada contemplar un sol pálido y como

fatigado: entonces no me parece un impasible testigo de las miserias humanas: entonces es un amigo que sugeto al dolor como nosotros, se despidе desfalleciendo de la naturaleza á quien ama. Me agrada contemplar á aquella misma naturaleza algunos dias antes exuberante de vida, de juventud y de flores, como una vírgen de 15 años, —y entonces mística y marchita, preparando sus vestidos de luto, como la desvalida viuda que llora perdidos sus terrestres amores. Me agradan los primeros sonidos del viento que suceden á los dulces murmullos de las auras: los unos eran como suspiros tiernos de un primer cariño; suspiros de deseos y de esperanzas: los otros son como los gemidos de un misterioso dolor, cuando los de-

seos se fatigan y las esperanzas se anublan.

Me agradan, si, me agradan mas que las imágenes halagueñas de la juventud y la alegría, aquellos emblemas melancólicos de la declinacion de la vida.

¡Rápido y tibio sol del mes de octubre! nunca fatigó tu luz á los ojos cansados de verter lágrimas, y muchas veces supiste alumbrar la oscuridad profunda de un alma devastada y hacer brotar en ella, — á manera de aquellas flores pálidas y de imperceptible perfume con que sueles regalar á la tierra, — dulces y tristes recuerdos de una dicha pasada.

La condesa amaba tambien aquellos días nublados como su corazón: aquella naturaleza marchita como su

juventud. Tambien habia pasado sobre ella el ardiente estío de las pasiones y habian caído muchas flores secas del árbol de su esperanza.

Habíala abandonado la coquetería que la hacía tan amable. Sus negros cabellos caian con frecuencia desordenados sobre su enflaquecida espalda, y la palidez extrema de su tez era realzada por el color oscuro de su vestido. Apenas podía conocerse que habia sido hermosa. La belleza como la alegría pasan sin dejar huellas: solo el dolor tiene el privilegio de grabar en el rostro humano aquellos surcos profundos que no alcanza á borrar la misma muerte.

En las noches mas frias veíase vagar por el campo sola y silenciosa, como un fantasma evocado por la desesperacion: sus pisadas apenas

hacian gemir las hojas secas que alfombraban el suelo. Mas en medio del general silencio, parábase muchas veces para escuchar atentamente, como si quisiese comprender misteriosas palabras. Era su corazón únicamente quien la hablaba: y ¿quien será osado á traducir al lenguaje convencional de los hombres las voces íntimas de un corazón que padece? quien será digno intérprete de los oráculos del dolor?

¡Pobre Catalina! ¡pobre alma siempre engañada! ¡pobre alma que diez meses antes lloraba al sentirse vacía y que ahora se fatiga por demasiado llena!

¿Porqué tienen tan hidrópica sed de ventura los seres que arrastran consigo la impotencia de gozarla? ¿porque mata la calma á aquellos

que naufragan en todas las tempestades? ¿que incomprendible contradicción es la que se observa en ciertas organizaciones humanas, que en la inacción se agitan ansiosas de movimiento, y en el movimiento se fatigan y quebrantan?

¿Cuál es el elemento de esas almas débiles á la vez y poderosas? ¿Cuál es su destino? ¿Vinieron solamente á la tierra para dar testimonio de otra existencia que recuerdan, que ansian, y que revelan á las almas comunes en esa misma impotencia que tienen de comprender ni gozar la presente? Si así fuese ¿quien se atrevería á pedirle cuenta de sus estravíos?

Nada distraía á la condesa: la música, la pintura, todas las artes que cultivaba en sus días de esplendor é

indiferencia, eran nulas para su vida de amor y de penalidades. Si á veces se ensayaba á cantar su voz se desentonaba y hondos gemidos brotavan sin armonía de su corazón. Su pincel vagaba sobre el lienzo sin acertar á dar forma á ninguna idea.

En sus mas amargos dias de fastidio y melancolía, habianlá distraído los libros, pero ninguno existia ya que pudiese agradarla. La poesía, aun aquella mas triste, no hallaba simpatías en su alma; porque el dolor poetizado, espresado en versos, engalanado de imágenes, es un dolor que solo conmueve á los corazones que no le han sentido todavia en su desnuda y áspera realidad. Es el dolor que habla á los corazones melancólicos pero no á los corazones llagados.

Las novelas la eran aun mas enojosas. Aquellas que la presentaban alguna semejanza con su suerte la alligian sin alcanzar á interesarla. Es doloroso ver un pálido bosquejo de aquellos dolores que sentimos, y si la pintura acertase á ser exacta el cuadro nos horrorizaria mas bien que enternecernos. El infeliz cuyo rostro presenta el lastimoso sello de una cruel enfermedad, no iría ciertamente á mirar reproducidas en un espejo sus llagadas facciones.

Una de las mayores desventuras del dolor verdadero y profundo es el no poder ser aumentado. El espectáculo mas triste no tiene el poder de interesarle. La propia desgracia, cuando es inmensa, nos hace insensibles á la desgracia ajena. El que ha padecido compadece: el que

padece necesita para sí mismo todos los tesoros de su alma.

Hay por eso en el dolor una especie terrible de egoísmo. Las más nobles almas no pueden libertarse de un impulso de crueldad en los momentos en que se sienten atormentadas. Un gran dolor tiene necesidad de derramarse, de estenderse á cuanto le rodea, de ver sufrir á la naturaleza entera. Un dolor único, esclusivo, sería el mas insufrible de los dolores.

¡Pobre Catalinal en otros tiempos repartía beneficios en torno suyo, y las penas aliviadas por su mano exhalaban un perfume que embalsamaba las tuyas. Ahora hace el bien sin participarle: la miseria que alivia es mucho menos amarga que su inútil opulencia. Envidia al mendigo

que se arrastra á sus umbrales y le arroja, sin compadecerle, el oro que para él puede tanto y para ella no puede nada.

Cartas de Elvira la llegan con frecuencia: cartas crueles, no obstante la bondad del corazón que las dicta. En ellas se trasluce siempre la censura de un mundo que un alma fuerte puede despreciar cuando es injusta, pero que siempre lastima si no nos sostiene una conciencia tranquila.

En vano el orgullo se levantará, como el ángel réprovo, para proclamar su fortaleza, y alejar la negra sombra del arrepentimiento: en vano se verá pisado sin confesarse vencido. El orgullo puede cubrir de una máscara embustera las humillaciones del corazón, pero no puede engañar al corazón mismo.

¡Pobre Catalina, que en su desventura no alcanza los consuelos de una religion divina, largo tiempo desdeñada por su soberbia y hoy implorada en vano por una fé vacilante! La mano que la hiera no la encuentra todavía bastante humilde para juzgarla digna de ser consolada. Y sin embargo, aquella razon incrédula se hace supersticiosa y sobrecogida de pánicos terrores piensa descubrir en mil naturales acontecimientos, en mil insignificantes casualidades la amenaza de un Dios que la juzga y la condena.

Una nube que cubre á la luna en el momento que la mira: un pájaro negro que pasa cerniéndose sobre su cabeza: un retrato suyo de cuando era niña y pura, manchado y casi borrado por una casualidad: una pe-

sadilla en que se sueña cayendo de abismo en abismo sin llegar jamas al fondo: un libro místico abierto al acaso en un pasage que pinta la desesperacion de los réprobos: aquella desesperacion sobre la cual pasa la eternidad sin cansarla ni envejecerla— ¡pensamiento el mas terrible que pudo concebir el entendimiento humano!— todo le parece profético: todo la intimida.

Tal era la suerte de aquella muger contra la cual lanzaba el mundo su anatema, y á la que Luisa en su tristeza llamó muchas veces su *triumfante enemiga*, su *rival feliz*!

Hay compasion en nosotros para el asesino, para el bandido á quien conduce al último suplicio! y no la hay para los reos de aquellas faltas que produce el sentimiento, y cuya

secreta espacion es tan larga y dolorosa!

Todos nos hallamos dispuestos á arrojar la primera piedra al desgraciado mortal que vemos caido; todos queremos castigar aquellas culpas que en el código de nuestras leyes no tienen señalada una pena, porque solo Dios debe imponerlas juzgándolas en el tribunal de su justicia. Pero nosotros le usurpamos en particular ese derecho que en general le hemos concedido: nosotros individualmente nos constituimos jueces y nos convertimos en verdugos, y nos llamamos rectos y virtuosos cuando somos inflexibles para la piedad y mudos para el perdón.

XXVIX.

Carlos fué nombrado secretario de la embajada de España en Inglaterra y debia ir sin dilacion á ocupar su destino. D. Francisco habia pensado en acompañarle con Luisa, pero Carlos logró hacerle mudar de intencion guardándose bien de oponerle una manifiesta resistencia. Persuadióle de que el clima de Inglaterra seria muy perjudicial á su esposa, en el estado

delicado en que su salud se encontraba; que sus intereses recibirían muchos y grandes perjuicios de la ausencia de don Francisco; y lo único que hacía vacilar aun al buen anciano y no ceder enteramente á los deseos de su hijo, era el temor de causar un mortal disgusto á su nuera con esta segunda y larga separacion de su marido.

Sin embargo, preparábase Carlos para su partida sin que hubiese en estos preparativos la menor apariencia de que le acompañase su muger, y ella que hasta entonces había callado se decidió por fin á conocer su suerte.

Entró una mañana en el aposento de don Francisco donde tambien se encontraba Carlos, y procurando conservar serenidad preguntó terminan-

temente si no debía ella ir con su esposo.

Don Francisco embarazado á esta pregunta contestó tartamudeando, — eso lo decidireis vosotros: yo no volveré á separaros, ni creo que con venga al uno ni á la otra.

En ese caso, dijo Luisa con resolucion; nada me impide acompañar á mi marido: ese es mi deber y mi voluntad.

Carlos un poco conmovido se apresuró á contestar:

Tu salud es delicada, querida mia y no debes por ahora pensar en exponerte á las fatigas de un viage y al rigor de un clima septentrional. Irás con mi padre á pasar el invierno en Sevilla, y luego, mas tarde pensarás en reunirte conmigo.

Mi salud, repuso Luisa, mejorará

mucho cuando respire otra atmósfera que no sea esta. En cualquier país del mundo estaré mejor contigo que puedo estarlo en Sevilla sin tí.

Tiene razón, dijo don Francisco, yo opino que todo su mal mas grave sera tu ausencia.

Carlos bajó los ojos y con visible desconcierto y disgusto dijo que seria una locura el permitir que una muger delicada emprendiese un viaje á la entrada del invierno á un país frio.

Concedo cuanto quieras, repuso el anciano, pero seria peor si se quedase, por que esta pobre niña no vive cuando no te vé. Yo no cargaré con la responsabilidad de su dolor.

Si ella absolutamente se empeña en acompañarte, irá.

Si ella absolutamente se empeña,

dijo Carlos con impetuosidad, ira, sin duda podrá ir; pero tampoco yo acepto la responsabilidad de ningun mal de los que pueda acarrear esta resolución.

Luisa le miró fija y atentamente, y comprendiendo que su marido anhelaba alejarse de ella, bajó luego los ojos preñados de lágrimas y dijo con triste resignacion.

No iré, Carlos, no iré!

Carlos la tomó una mano y se la apretó con ternura. Aquella demostracion de gratitud indignó á Luisa. ¿Se atrevia á darle gracias de que consintiese en su desventura, en su abandono.

Levantóse y salió precipitadamente. Encerrada en su aposento se entregó á un amarguísimo llanto. Y sin embargo, estaba muy lejos de creer

á su esposo tan culpable como realmente lo era: no sospechaba ni remotamente que la condesa le acompañase á Inglaterra, y aun gozaba algun consuelo al pensar que si tenia el dolor de separarse por largo tiempo de Carlos, la quedaba la esperanza de que alejándose de Madrid se curaría de aquella pasion culpable.

No puede sufrirme junto á él, decia la infeliz, porque su corazon está lastimado por la separacion de su amante. Pero el tiempo calmará esa pena y apagará la llama de ese amor criminal, y cuando vuelva el cielo á reunirnos, mi esposo será mas digno de esta ternura sin límites que ahora no puede estimar ni corresponder.

Deborava, pues, su pesar fortalecida por esta esperanza y llegó la vispera de la partida de Carlos sin que

desmayase su valor. Carlos en aquellos dias habia estado con ella tan tierno, tan cariñoso, que Luisa que no le encontraba asi hacia muchos meses, se rëgocijaba interiormente diciéndose, —aun me quiere! aun volverá á ser todo mio ese corazon adorado! si deseaba esta partida era acaso como único medio de romper unas relaciones culpables. Si me niega el placer de acompañarle es acaso por que quiere expiar lejos de mi su extravio, y volver á mis brazos libre de una pasion que le averguenza.

Y la inocente se ponía de rodillas y daba gracias á Dios porque al fin habia escuchado su ruegos, y arrancaba á su marido de las garras del pecado.

En esto se ocupaba en aquel dia solemne, último que debia pasar con

Carlos, cuando entró don Francisco.
—Vengo, la dijo, de cumplir con un deber de urbanidad que por pereza y olvido habia descuidado. He ido á visitar á la condesa de S.™ á su quinta. Debia haber tenido esta atencion desde los primeros dias de mi llegada, pero ya era indispensable; pues he sabido que á ella, á su influjo debo el destino que ha obtenido Carlos, y hubiera pasado de desatento á ingrato si no hubiese estado á darla gracias.

Ella! exclamó sorprendida Luisa: ¿ella ha sido la que ha querido alejarle de Madrid?
Alejarle de Madrid! dijo sonriendo el anciano; no habrá pensado en eso ciertamente, pero tu no te ocupas de otro pensamiento que de ese: de que tu marido se aleja. La condesa

supo mis pretensiones, y á pesar de lo muy desatentos que hemos estado con ella, interpuso su influjo para servirnos, sin cuidarse en manera alguna de saber si mi linda Luisa habia de separarse de su Carlos.

Y vd. ha estado en su quinta! y vd. la ha visto!—repuso Luisa con ansiosa curiosidad. ¿Es hermosa? ¿qué le ha dicho á vd? ¿sabe ya que me deja mi marido?

Contestaré por su órden á todas esas preguntas, dijo don Francisco con una calma que desesperaba á un joven. Es hermosa, quiero decir, es agraciada, una figurita muy delicada, muy fina, bastante distinguida. Se conoce que habrá sido bonita, pero está enferma y triste, por eso los médicos la mandan mudar de clima.

¿Mudar de clima! exclamó Luisa

con un tono de inquietud y ansiedad que llamó la atención del anciano. ¡Y que! ¿lo hará? diga vd. ¿lo hará?

Ciertamente, hija mia. Yo le manifesté cuanto hubiéramos celebrado que pudiese Carlos acompañarla, —porque también es á Londres á donde ha determinado irse la condesa,—pero tiene precisión de detenerse aun algunas semanas en Madrid y Carlos no puede dilatar su marcha.—Allá nos veremos, me dijo ella, y su hijo de vd. tendrá una amiga muy sincera en aquel país extranjero.

¡Se vá con él! le sigue! exclamó Luisa fuera de sí. Ah! ya lo comprendo todo! por eso soy abandonada! por eso!...—Y loca ya y sin saber lo que decía, demudada, tré-

mula y poseída de una especie de furor, se puso en pié y asiendo las manos de su tío— Y vd. lo consiente! prosiguió: ¡vd. ha ido á darle las gracias porque me hace infeliz, porque me roba á mi esposo, porque le arrastra al crimen!... Esto es demasiado, no, no lo sufriré.

D. Francisco la miraba atónito. Luisa! ¿que estás diciendo? exclamó: ¡deliras, hija mia!

No, no es delirio, repuso cada vez mas exaltada, es la verdad: ¡la vergonzosa verdad que mi prudencia ha encubierto hasta ahora! Pero ya no; ya no puedo mas. Sépalo vd. todo: esa muger es la querida de Carlos, la que me ha robado su corazón, la que le arranca de su patria y de su familia para poseerle ella sola... ¡por que me creeria de-

masiado feliz viviendo junto á él aun desdeñada!

Luisa! Luisa! mira lo que dices! ¿Sabes que si eso fuera cierto!... ¡Dios mio! Luisa, ¿quien, quien te ha inspirado esa sospecha indigna?..

Todo Madrid! respondió ella con desesperacion: todo el mundo lo sabe! vd. solo no ha visto mis lágrimas: vd. solo no ha conocido mi abandono, ni ha observado las miradas de compasion que se fijaban en mí donde quiera que me presentaba. ¡Vd. que me ha visto moribunda y no comprendió cual era el golpe que me habia asesinado!

Temblaba don Francisco de pies á cabeza, y la cólera oscurecia su frente y palidecia sus labios.—¡Será posible! gritó con voz de trueno: ¡habré sido el juguete de un infa-

me adúltero y de su vil cómplice! Carlos! mi hijo Carlos será un hombre tan criminal como hipócrita?... ¿Me habrá dejado ir á felicitar por su triunfo á una despreciable muger para que ella á su vez se riese de mí...; de mí! Luisa! Luisa! ¿que has dicho?... ¿sabes lo que has dicho?

Si, la verdad, padre mio,—dijo echándose á sus pies—pero no es él, ella es sin duda la criminal, la mas criminal! Padre mio!... Devuélvame vd. á mi esposo ó quíteme en este instante esta vida que acaso maldice ya. La muerte ó mi Carlos, padre mio!

Si, te lo devolveré, vive Dios! te lo devolveré! gritó cada vez mas cólerico el anciano y enteramente arrebatado por su impetuoso carácter.

Sabré restituírle al honor ó arrancarle con mi propia mano el vil corazón que de él le aleja! Luisa, tranquilízate! apareceré entre ellos como la venganza del Dios á quien ofenden, y pisaré con mis pies á esa cortesana impúdica, y traeré arrastrando hasta los tuyos á ese esposo criminal. Si, si, yo les arrancaré la máscara,—¡deshonra y oprobio sobre ellos!

Y aquel hombre violento é irreflexivo que jamás supo dominar sus primeros impulsos, salióse como frenético dejando aterrada á Luisa.

Entonces comprendió lo que había hecho: entonces los arrebatos furiosos de los celos dejaron lugar en su tímido y sensible corazón á sentimientos más blandos, y tembló por los culpables. Representóse á

la vez su marido maltratado por acerbos reconvenciones, exasperado por excesivo rigor, acaso faltando al respeto debido á su padre y enfurecido contra la imprudente esposa origen de aquel escándalo: y también su rival deshonrada por las imprudencias de don Francisco y aun del mismo Carlos; humillada, perdida completamente y más interesante por su misma desventura á los ojos de su amante, porque cuando el interés personal no se mezcla con los más nobles instintos?

La pobre Luisa, cuya imaginación exageraba todas las posibles consecuencias de su imprudencia, sintióse entonces tan sobrecogida por el temor como antes lo había sido por los celos. Salióse como loca de aquel aposento fatal donde solo

veía imágenes de terror, y al saber que don Francisco se había ido exclamó con desesperación, —allá ha ido! allá? los matará á los dos!.... Dios mio! los matará sin saber lo que hace!

Y arrebatada por impulsos ajenos de su naturaleza tímida y apacible hizo venir un coche, entróse en él desatinada y ordenó la condujesen á casa de Elvira.

Al llegar encontróla que salía á paseo, y haciéndola entrar en su coche la dijo con un acento y una mirada que persuadieron á Elvira de que no estaba en su juicio, — venga vd. señora, venga vd conmigo á impedir ruidosos escándalos, terribles desventuras.

Elvira la miraba atónita y ella exclamó con profundo dolor. No es-

toy loca, no! pero lo he estado hace un momento y todo lo he dicho! todo! La prudencia dolorosa de tantos meses me ha faltado un instante, y acaso sea irreparable mi falta. ¿ Me comprende vd. señora? Ellos, —vd. lo sabe, —ellos se adormecen en brazos de su felicidad, porque se van juntos, porque se aman! y un padre irritado vuela mientras tanto para...¿ quien sabe? vd. no puede preveerlo ni yo: pero mi tio es ciego en el primer impulso de su ira, y me ha dicho, — pisaré con mis pies á esa muger. — Carlos no lo consentirá...¡se levantará contra su padre! Oh Dios mio! ¿ me comprende vd., señora?

Y se torcia los brazos con desesperación.

Elvira en efecto la había compren-

dido ya, y tan asustada como Luisa — ¿y que hemos de hacer? la dijo. Ordene vd.

Allá, allá! exclamó Luisa, vamos á donde estén ellos: á salvarles! ella es su amiga de vd. y él es mi esposo!

Elvira no necesitó oír mas: mandó al cochero correr á toda prisa á la casa de campo de la condesa. No importa reventar los caballos, dijo, yo los pago.

Y el coche partió veloz desempe-
drando las calles por donde pasaba.



XXX.

Cuando don Francis co habia ido á visitar á la condesa aquel dia salió de Madrid bastante temprano, pero no tanto que Carlos, advertido la noche anterior de su resolucion, no hubiese podido prevenirla. Asi pues, recibió la visita del anciano con la posible serenidad, algunos minutos despues de haberla dejado Carlos que se anticipó á su padre. La visita fue

corta, y Catalina que no esperaba á su amante hasta la proximidad de la noche, habiáse encerrado en su aposento con su habitual tristeza.

Eran las cuatro de la tarde poco mas ó menos cuándo oyó el ruido de un coche, y pensó que Carlos anticipaba su visita algunas horas; cosa muy natural atendida su marcha que debía verificarse al siguiente dia y que acaso le obligaria á dejarla aquella noche mas temprano que lo hacia regularmente.

Llamó á uno de sus criados, y dijo — que entre, — sin salir á recibirle como lo tenia de costumbre. Su postracion de espíritu se comunicaba á su cuerpo. Era aquel uno de sus mas amargos dias. La visita de don Francisco, la hipocresia á cuya observacion se habia visto precisada,

la partida próxima de Carlos, su resolucion de marchar en seguimiento suyo... todo contribuia á tenerla aquel dia mas preocupada que nunca.

Una hora hacia que aquella criatura antes tan viva permanecia inmóvil apoyada la cabeza en el mármol de una chimenea, menos blanco que su rostro, y no se movió ni aun al oír las pisadas que creia de su amante.

Elvira entró precipitadamente: Luisa toda trémula y sobrecogida de contrarios sentimientos quedóse inmóvil al umbral de la puerta.

Catalina levantó lánguidamente los ojos, y al ver á Elvira una melancólica sonrisa acompañó al — ¡ ah! eres tú? — que fué su única salutacion.

Yo soy, si! exclamó con su ha-

bitual indiscrecion aumentada por el trastorno de su espíritu en aquel momento. Catalina! venimos á salvarte si aun es tiempo.

Y se arrojó llorando en sus brazos.

La condesa repitió las últimas palabras de su amiga, fijando los ojos con aire de sorpresa en la persona desconocida testigo mudo de aquella escena. Luisa bajó los ojos y el vivo carmin que el embarazo de su posicion sacó súbitamente á su rostro, contrastaba con la profunda palidez de su rival.

La condesa tembló: no sabemos si conservaba en la memoria los rasgos del hermoso rostro que habia visto en pintura, ó si fue efecto de un instinto del corazon. pero lo cierto es que su repentina altera-

cion reveló que sabia ya quien era la muger que estaba en su presencia.

A no ser por las palabras que habia pronunciado Elvira, aquella visita estuviera esplicada por la de don Francisco, pero lo que acaba de oir Catalina á su amiga la hicieron presentir confusamente parte de la verdad.

Quiso ponerse en pie y no se lo permitió el temblor de sus rodillas, y haciendo con la mano un ademán para invitar á Luisa á que tomase asiento, articuló debilmente—creo que tengo el honor de recibir....

A la señora de Silva, dijo Elvira con apresuramiento: á la muger de Carlos, Catalina. Todo lo sabe! todo! y ha venido....

A qué? interrumpió con vehemencia la condesa, cuyo rostro pa-

reció iluminarse con la indignacion. ¡ A qué? repitió fijando en la turbada niña una mirada penetrante y casi terrible.

Luisa, aunque sobrecogida por la posicion extraordinaria en que se hallaba, supo recobrar la dignidad de un alma noble é inocente, y adelantándose con timidez, pero sin aturdimiento, dijo con voz bastante inteligible.

No á reconvenir á vd., señora, ni á quejarme de mi desventura: no ciertamente: lo juro!

A estas palabras despertóse todo el orgullo de Catalina y sus ojos despidieron rayos de ira, mientras apretando convulsivamente las manos de Elvira se esforzó en vano para contestar.

Luisa conmovida al notar su agi-

tacion y agena de comprender todo lo que pasaba en aquel momento en aquella alma soberbia, repitió con dulce acento.

No, no vengo á insultar al caído: ¡perdone Dios á vd., señora, como yo la perdono!

Catalina no pudo sufrir mas. Re-coja vd. ese perdon, dijo con voz ahogada: yo no le acepto. Estoy caída, es verdad! Soy culpable á los ojos del mundo, y vd. es pura, vd. es virtuosa! ¿Que mas quiere vd. señora? Vd. en prueba de amor ha aceptado el honor de llamarse esposa de Carlos—de ser respetada como tal. Yo en prueba del mio he aceptado la afrenta, la reprobacion del mundo. ¡ Y vd; es la que perdona ostentándose generosa! Y vd. es la que viene á perseguirme hasta el

fondo de mi retiro , para decirme que no me hecha en cara el crimen de haberme inmolado á un sentimiento del cual supo vd. sacar tanto honor , tantas ventajas !

A esta acerba ironía Luisa herida é indignada no acertó á proferir ni una palabra , y Elvira exclamó — Catalina ! no es así como debes hablarla. Ella te compadece y ha venido á salvarte.

A salvarme ! repitió con sarcasmo Catalina. Yo se lo agradezco. Pero no , señora , yo no me he dejado ningun recurso. Me he sacrificado completamente y estoy para siempre perdida. Soy *su querida* y *vd. es su esposa*. El mundo la espera á vd. para compadecerla y llamarla víctima : si vd. le dice lo que acaba de hacer no la rehusará el salario de-

bido á su generosidad : á la generosidad que usa conmigo.

Pero yo , señora , yo nada espero. Vd. sabe cual debe ser mi destino, llene vd. el suyo glorioso con tanta resolucion como yo acepto el mio.

No ! exclamó Luisa con una energía de que la hacía capaz en aquel momento el triunfo que su bondad acaba de obtener en su corazón sobre sus celos y su indignacion. No ! vd. no llenará ese destino vergonzoso. Nunca , señora , nunca es tarde para el arrepentimiento , y si los hombres no tienen misericordia la de Dios es infinita. Nunca deja sin recursos al pecador : nunca cierra las puertas á la expiacion. Yo he venido , señora , he venido....

A insultarme ! gritó enfurecida la condesa. No mas , señora ! pro-

siguió con imperioso ademan. Salga vd. — Salga vd! repitió sofocada por la cólera, los celos y la vergüenza.

Luisa iba á replicar pero no se lo permitió. ¡Salga vd! la dijo por tercera vez, y poniéndose en pié hizo mas visible con este movimiento la situacion en que se hallaba.

Mirábala Luisa y lanzó un grito cubriéndose la cara con las manos. Comprendió la condesa aquel grito y aquella demostracion y cayó casi ahogada. Fué aquel un momento supremo de humillacion para aquella alma soberbia.

Pero ah! lo que pasaba en el alma de Luisa no era ciertamente menos doloroso. Los celos, los mas crueles celos la desgarraban al comprender los derechos de su rival sobre el corazon de su marido: y sin

embargo aquellos sagrados derechos fueron respetables para su corazon y parecia que revestian á Catalina de un augusto carácter.

Ella es! pensaba: ¡ella es realmente su esposa! ¡la naturaleza la ha concedido un derecho de que me ha privado!

La emocion profunda que este pensamiento le causaba dominó todos los otros sentimientos y dejó aparecer únicamente el mas noble, el mas digno, —la piedad!

No era ya Luisa una muger: era un ángel superior á todas las flaquezas humanas, y cuando sus manos apartándose de su rostro dejaron ver la espresion divina que le animaba, la misina Catalina inclinó su altiva frente subyugada por un sentimiento de respeto.

Señora, dijo Luisa con patético acento, —mi muerte puede solamente dejar libre á Carlos, y yo la imploro en este momento de la piedad del cielo. Si pudiese sin crimen terminar mi vida desgraciada, ese sería el testimonio que yo diese á vd. de los sentimientos de mi corazón. Espero que Dios me concederá muy en breve dejar este valle de lágrimas en donde han sido tan amargas las mías. El golpe que me ha traspasado el alma me permite esta esperanza.

La condesa comprendió sin duda toda la sublimidad de aquella incomparable abnegacion pues el llanto brotó entonces con violencia de sus ojos.

Luisa continuó. Mientras tanto viañ vds. en el país es trangero que

han escogido. Yo sabré aplacar á un padre irritado: yo sabré engañarle así como he sabido revelarle imprudentemente la verdad. Aun es tiempo: yo le buscaré y desarmaré su enojo y mientras viva no me apartaré del anciano abandonado... y no moriré, señora, sin alcanzar antes para vd. y para él gracia y perdón.

Iba á salir Luisa: la condesa se levantó y la detuvo.

Vaciló un momento... luego se arrojó á sus pies.

Luisa la abrió los brazos y una en el seno de la otra lloraron ambas largo rato. Tambien lloraba Elvira unico testigo de aquella patética escena.

Dos corazones, dos nobles corazones ligados en aquel momento por todos los sentimientos generosos se

confiaron el uno al otro. ¡Y eran dos corazones de muger sin embargo!

Luisa aconseja á la condesa el modo de realizar su partida con mas prudencia. Catalina la escuchaba con veneracion y parecia dispuesta á obedecerla ciegamente.

Estaba Luisa divina en aquellos momentos; una resignacion sublime se pintaba en cada una de sus facciones, y al verla tan hermosa, tan jóven, tan santa, la condesa juzgó muy culpable y muy insensato al hombre que la abandonaba.

Al anochecer se separaron. Quedó determinado que la condesa iria á reunirse á su amante ocho dias despues de la partida de éste, y que para desvanecer si era posible las hablillas que circulaban en descré-

dito de Catalina y evitar el que fuese comprendido el verdadero objeto de su partida, Luisa la visitaria públicamente en Madrid, adonde debia volver la condesa antes de su marcha y se daria la posible publicidad á la amistad que en aquel momento se juraron.

Luisa y Elvira volvieron á Madrid, y la condesa al verse sola exclamó con una especie de alegría, desusada en ella aun en sus dias felices.—Esto es hecho! Este angustioso drama toca á su fin! Gracias te doy, destino!

Don Francisco estaba en su casa cuando llegó Luisa. Cuando habia salido poseido de aquella violenta cólera que tan atrevida resolucion inspiró á la joven, hizo un feliz acaso que se encontrase con un

antiguo amigo que en otros tiempos había poseído toda su confianza. Con la imprudencia que le caracterizaba, aumentada en aquel instante por la ceguedad de su cólera, confióle todo lo ocurrido y sus violentas resoluciones y el amigo, que sin duda tenía tanta bondad como talento, supo hacerle desistir de ellas guardándose bien de contradecirlas. Aplacóle dejándole en la persuasión de que las reflexiones de que se había valido para conseguir este resultado eran propias y exclusivas del mismo don Francisco, el cual se volvió á su casa resuelto á no dar paso alguno sin tener pruebas mas claras del crimen de su hijo.

Su sagaz y prudente amigo había sabido hacerle sospechoso el testimonio de Luisa, y el buen caballero

se dijo á sí mismo muy bajito.— Vaya! he sido un loco en dar crédito á las visiones de una niña celosa.

Cuando volvió á su casa y supo que había salido Luisa fué á buscarla inutilmente en cuantos sitios creyó verosímil encontrarla, en todas las iglesias: en todas las casas de sus conocidos. Afortunadamente no se dejó llevar del deseo de contar á cuantos veía la inquietud que le causaba el no encontrar á su nuera, por los temores que le causaban los celos que le había revelado aquel día, y volvióse cansado, lleno de sobresalto, pero resuelto á obrar con prudencia. Pocos minutos habían transcurrido desde que llegó á su casa, cuando vió entrar á Luisa con semblante sereno y apacible. Auguró favorablemente de aquella mudanza

y Luisa confirmó su esperanza confesando que creía haber juzgado mal á su marido: que por algunos elogios que le habia oido hacer de la condesa concibió celos que le parecieron justificados al saber que debían reunirse en Inglaterra, pero que habiendo despues averiguado el grado de amistad que existia entre la condesa y Carlos; estaba avergonzada de haber sido demasiado precipitada en sus juicios.

D. Francisco no concibió ni la mas remota sospecha de la generosa mentira, y despues de declamar largamente contra la ligereza de las mugeres y sus imprudencias, y sus celos, y sus malicias etc., etc., acabó haciendo mil elogios de sí mismo: de su cordura, de su sensatez en no haber dado entera fé á las acu-

saciones de Luisa contra su marido. Luisa le oyó pacientemente y cuando por fin pudo retirarse á su aposento púsose de rodillas y exclamó.

¡ Dios mio! me he hecho cómplice de un amor adúltero, criminal á vuestros ojos. Los sentimientos generosos que me he impuesto son flaquezas culpables delante de vuestra severa justicia. ¡ Oh Dios mio! Dios mio! Yo me someto humilde al castigo que queráis imponerme, pero que no sea, señor, el de hacer inútil mi delito! ¡ Que sea feliz él, Dios mio!

FIN DEL TOMO TERCERO.

DOS MUGERES.

POR

LA SEÑORITA DE AVELLANEDA.

—
TOMO IV.
—

MADRID, 1843.

Cabinete Literario,

CALLE DEL PRINCIPE N 23.

Eran pasados pocos minutos despues que Luisa y Elvira habian dejado á la condesa cuando llegó Carlos á su quinta. Habia encontrado al coche en el camino pero estaba muy distante de sospechar que en el fuese su muger, la cual por su parte iba demasiado absorta en sus pensamientos para haber podido poner atencion en un hombre á caballo que pasó junto al coche con direccion al sitio de donde venian.

Catalina recibió á Carlos tranquila y casi risueña: hacía mucho tiempo que Carlos no la veía así, y se regocijó pensando que al fin le era dado ofrecer á su desgraciada amiga todos los consuelos de que era capaz en la triste posición en que la colocaba.

Aquel día no había sido apacible para Carlos. Al separarse de Luisa no sufría únicamente por el dolor que causaba: su propio corazón le suministraba sobrada amargura: por que la quería aun, quería tiernamente á la pobre niña, y en aquellos momentos exaltábase su ternura con el sacrificio que de ella hacía. Además, su conciencia se alarmaba al pensar que acaso la virtud de su esposa no siempre saldría vencedora de los peligros á que la esponía

su abandono; y ora le atormentaba la imagen de Luisa afligida, desolada, sucumbiendo al dolor, ora el cruel pensamiento de que acaso podría consolarse, olvidarle, despreciarle y tal vez colocar en otro el cariño que tan indignamente había él recompensado.

Estuvo triste, pensativo todo el día, y al llegar junto á la condesa necesitaba que ella le hiciese sentir todo su amor y le embriagase con todos sus delirios, para sustraerse algunos momentos á la sombría tristeza que le agobiaba.

Sentóse junto á ella y la contempló con placer. Estás hermosa, amiga mía, la dijo, estas alegre. Dímelo, si, dime que esperas ser feliz: necesito oírlo. Voy á estar separado de tí algunos días y quiero llevar en

mis oídos la armonía de tu voz. Háblame, Catalina, dime que me amas. Arránrame de mi mismo y lánzame aturcido á ese porvenir oscuro que se abre delante de nosotros.

Si, respondió ella, ven y siéntate junto á mí: mas cerca... mas todavía: así, bien! Te hablaré; tambien yo tengo necesidad de hablarte de ese porvenir que deberé á tu amor. ¡Cuánto, cuanto haces por mí! ¡cuánto sacrificas! No disimules, no; no me ocultes cuanto te cueste. Se que en estos instantes el valor de lo que me sacrificas es comprendido por tu corazón, y eso mismo aumenta la gratitud del mío.

La suerte te había dado por compañera una muger digna de tu adoración á una muger que debe atraer los pantanos del mundo sin

manchar la orla de su vestidura de inocencia. ¡Desventurada de mí! otra suerte bien diferente me ha cabido! Yo he sido tu perdición: yo te he arrastrado conmigo al abismo espantoso que una criminal pasión abrió delante de mí. *Ella* recibió la misión de hacerte feliz y virtuoso, y yo la de perderte. ¿Por que ha vencido al suyo mi maléfico destino? En este día supremo en que irrevocablemente se consume, no se si debo aceptar como un consuelo ó como una última y terrible amargura, la convicción profunda de que no era posible á mi pobre razón el evitarle. Sin embargo, no había yo nacido con instintos maléficos, creo por el contrario que mi corazón era naturalmente bueno, y que no ha desconocido ningún sentimiento no-

ble. No disculparé mis extravíos atribuyéndolos á una organizacion desgraciada, que debia forzosamente seguir el impulso de innatas predisposiciones. ¿Cuál ha sido, pues, el oculto motor, el misterioso poder que me ha precipitado? ¿Deberé creer que el origen mismo de las virtudes puede producir el mal, y que los crímenes no son regularmente sino el efecto de grandes cualidades exageradas y mal dirigidas por los acontecimientos y las circunstancias? No sé si puedo generalizar esta consecuencia, mas en cuanto á mí parece exacta. He amado en tí la virtud que debia hacerme olvidar la mia. Incapaz de ceder á mezquinos impulsos, he podido atravesar por medio de los vicios sin contaminarme, y el entu-

siasmo de la virtud me ha conducido frecuentemente al mal.

Habia concebido opiniones erróneas respecto al corazon humano: en mis primeros años de juventud pedíale demasiado, y al ver burlada mi esperanza llegué progresivamente á esperar de él demasiado poco. Ambos extremos eran malos, y sin embargo ambos tenían un origen noble. Mi exigencia nacía del entusiasmo, y cuando nada esperaba ni nada pedía, aun pude ser generosa y emplear la bondad que ya no podía engañarme en un manantial de inagotable indulgencia. Esta indulgencia era mas que una cualidad, era una virtud, por que confieso que no me era natural. Habia en mi corazon demasiada fogosidad y en mi alma una virtud demasiado severa,

para que me fuese fácil la tolerancia. Costóme trabajo descender del entusiasmo sin caer para siempre en un completo desaliento que me condujese al desprecio, ó en una amargura profunda é irritante que me impulsase al odio. Fue un triunfo de mi razón sobre mi naturaleza, y así como mil veces el entusiasmo del bien me produjo el mal, entonces solo pude evitarle relajando en cierto modo, las enérgicas fibras de una virtud demasiado severa.

El mundo que no me comprendió entusiasta, tampoco me comprendió indulgente. No conoció cuanto me había costado perdonarle por tantas bellas creencias como me había arrebatado; no supo estimar la virtud que encerraba mi tolerancia. Quería mas: veíame indulgente

y me deseaba respetuosa; pero mi rodilla era inflexible ante los falsos ídolos que sus instituciones han erigido en dioses. No podía conceder á convencionales virtudes el culto que había anhelado tributar á las virtudes verdaderas, que en vano le había pedido.

Siempre mal comprendida, siempre cobardamente calumniada, aun había un goce para mi alma en aquella generosidad de mi orgullo que perdonaba notablemente la injusticia. ¡Tantas veces, Carlos, tantas veces he tenido necesidad de esa injusticia, para poder dar salida á algunos de los sentimientos generosos que la razón había sepultado en el fondo de mi alma! ¡Es tan dulce perdonar!

Yo había podido sobrevivir á mi

entusiasmo sin caer en la nulidad, pero ah! ¿como he podido tambien sobrevivir á mi orgullo!

Ahora que estoy á los pies de ese mundo, necesitada de ese perdon que tantas veces le habia concedido, ahora que en mi misma encuentro un juez mas severo que ese mismo mundo que me reprueba, ahora que arrastro en mi bouda caida al hombre que amo...ahora, Carlos, ahora conozco que nada puede salvar á las víctimas que el destino reclama, y que á manera de aquellos perros cuyo maravilloso olfato percibe el olor de la muerte en un cuerpo todavia vivo, asi el mundo presente y anuncia la suerte de aquellos desgraciados que están destinados á ofrecerle el espectáculo de una lastimosa caida.

Sin embargo, Carlos, no te echas jamás la culpa de mi desventura. Acaso era inevitable. Si la pasión me ha conducido al crimen el vacío del corazón, el eterno vacío me hubiera hecho un daño mayor.

Habiáme persuadido de que estaba ya condenada á ese horrible destino, y tomando la inacción por la muerte muy injusta con mi propio corazón. El me ha desmentido probándome que jamás muere el entusiasmo en las almas capaces de sentirle, y que, semejante al ave poética que renace de sus cenizas la facultad de amar no se pierde nunca en los corazones ardientes. Cansados ó heridos, enervados ó replegados en si mismo siempre existen en ellos esas misteriosas cenizas que una centella divina puede rea-

nimar súbitamente.

El amor que me ha perdido ha sido mi solo bien sobre la tierra. Confieso mi culpa sin arrepentirme de ella. Deploro mi destino pero le acepto. Carlos! solo el mal que te hago me inspira remordimiento el que á mi misma me he causado no me pesa

Prefero esta desventura á la de una vida sin objeto, y ahora que soy culpable valgo algo mas que cuando me habia resignado á ser nula. El orgullo sufre, el corazon padece...pero he vivido! he amado! Condéneme el mundo y castigeme el cielo: estoy resignada.

Catalina! Catalina! exclamó Carlos. No son esas las palabras que mi corazon te pedia. ¿Que nos importa ahora, amada mia, ese mundo

ni ese cielo? Háblame de nuestro amor, háblame de la felicidad que vas á darme... jamás la pagaré dignamente: ella vale toda una eternidad de expiacion. ¿No es verdad, amiga cara, no es verdad que me es dado aun hacer tu dicha y la mia?

Si, dijo ella, lo creo: seremos felices viviendo el uno para el otro únicamente, rompiendo todos los lazos que aun nos ligan al mundo, y olvidando todos los deberes. Acaso habrá momentos en que el remordimiento nos sorprenda en brazos del placer: momentos en que te acuerdes de un padre anciano y de una esposa inocente a quienes abandonas, y en los cuales yo adivine tus remordimientos y me aborrezca á mi misma por ser causa de ellos..

pero ¿qué importa, Carlos? Esos momentos pasarán y volveremos á ser dichosos. Verdad es que nuestra dicha tiene que ser sepultada en el misterio como un crimen; que nuestros hijos no podrán llamarnos con los dulces nombres de padre y madre; que acaso algun dia maldigan la existencia que nos deben, y que cuando llegue la vejez y tendamos los brazos buscando una patria, una familia... nada hallemos! Pero aun somos jóvenes, Carlos, y el amor debe bastarnos.

Carlos se estremeció y dijo con profunda amargura. ¡Es verdad! Tu esposa, prosiguió Catalina, es mas digna de compasion. ¡Tan joven, tan enamorada, tan digna de ser querida, y abandonada por otra! por otra que no merece besar la huella

de sus plantas! Su desventura seria nuestro mas cruel remordimiento si no alimentásemos, como debemos alimentar, la esperanza de que el tiempo sanará la herida de su corazón. El tiempo, si, porque sin duda no volverás ya nunca á su lado. Al seguirte voy á perderme completamente para el mundo, y no podrás ya desear que vuelva á él para ser su ludibrio, ni meos intentarás abandonarme. Los lazos que nos unen serán en breve mas estrechos y sagrados, y nuestro destino es forzosamente una eterna espatriacion. Luisa se consolará al fin: acaso un nuevo y mas dichoso amor...

Calla! la interrumpió Carlos con una especie de furor. Calla en nombre del cielo, Catalina! Que incomprendible placer puedes encontrar en

despedazar mi corazón? ¿que demonio te inspira palabras que caen como plomo hirviente en mis oídos?

Quiero, respondió ella con calma, quiero presentarte el cuadro de nuestro porvenir con todos sus posibles resultados. Pero ¿por qué tiemblos, amado mío? En medio de todas las desgracias, de todas las humillaciones; ¿cuan felices seremos al saber que vivimos siempre unidos; y que las maldiciones de nuestra familia, la reprobación del mundo, las amenazas del cielo, son otros tantos vínculos que nos estrechan, aislándonos de cuanto podría servir de obstáculo á nuestro amor!

Carlos! si débil alguna vez echas de menos todo lo que ahora me sacrificas y si tienes la barbarie de dejármelo adivinar—me asesinarás!...

no lo dudes. Pero yo espero que nunca, nunca te acordarás de tu patria, de tu padre, de tu esposa: nunca llegará el día en que necesites ser algo en el mundo; nunca la edad en que te sea precisa la consideración pública, el afecto de tu familia, el aprecio de tus amigos. Yo sola bastaré siempre á tu corazón: ¿no es cierto, amigo mío? Yo te consolaré si tu padre te maldice al morir; yo te alentaré contra el dolor de ser causa de la desventura y acaso de los extravíos de tu esposa. Si ese ángel sucumbiere á la dura prueba á que sometes su inocencia, yo paliaré tus remordimientos; yo te compensaré con mi amor la pérdida de todos aquellos bienes que el mundo aprecia. Oh! si, seremos felices á pesar de todo!

Carlos no pudo sufrir mas. Catalina, la dijo levantándose con impetuosidad, ya es demasiado! No eres tu, no, la que debe castigarme por las faltas á que me arrastra el amor que me inspiras: no debes tu ser el instrumento de la venganza del cielo. ¿Qué pretendes cuando así me hablas? ¿qué mas quieres de mi, Catalina?

De ti no quiero mas que la felicidad. Puedes dármela? Responde Carlos, esperas darme felicidad? crees posible que haya felicidad para nosotros?

Carlos callaba. Ella prosiguió.

Muchos te dirán que no hay felicidad sin virtud: que no hay amor en el oprobio: que si el amor sucumbe muchas veces al peso de un compromiso eterno, de una obliga-

ción forzosa é interminable, jamas vive mucho tiempo en la atmósfera de la vergüenza. Te dirán que llegará el dia en que cesemos de amarnos y por desgracia aun no cesaremos de vivir! Pero yo no te diré tales blasfemias: yo, Carlos, espero que nuestro amor será tan incansable, tan poderoso como ha sido débil nuestra resistencia. Verdad es que amaste á Luisa y que cesaste de amarla; verdad que yo misma he creído amar otras veces y ya no amo á los mismos objetos; verdad que todo pasa, todo acaba! Pero nuestro amor, Carlos, nuestro amor burlará esa ley eterna de la naturaleza. Porque ¿qué sería de nosotros si cesásemos de amarnos? Cuando la pasión se estingue entre dos esposos aun quedan lazos, dulces lazos que

los unan : aun quedan compensaciones : se pueden estimar , pueden ser amigos... pero nosotros si cesásemos de amarnos , reprobados por el mundo , sacrificados al sentimiento que nos abandonaba , culpable cada uno á los ojos del otro... acaso nos maldeciríamos !

Carlos volvió á sentarse con profundo desaliento , y bajando la cabeza guardó largo tiempo un tético silencio. Catalina no tuvo compasion y prosiguió.

Cualquiera que sea el efecto que lo que voy á revelarte produzca en tu corazon , quiero obedecer á un impulso generoso del mio : quiero que antes de inmolarme á mi amor á la desventurada niña á cuya felicidad juraste consagrarte , sepas cuan grande es el bien que sacrificas y

comprendas la estension de la gratitud que te debo.

Luisa , la esposa que ultrajas , la rival que he aborrecido , sabe y aprueba nuestra resolucion. Palabras que han salido de sus labios pueden ser repetidas por los míos.—» Mi muerte sola , ha dicho , puede dejar libre á Carlos , y yo la imploro de la piedad del cielo.» «Yo consagraré los dias que aun me restan sobre la tierra al anciano abandonado , y no moriré sin obtener para Carlos y su querida gracia y perdon!»

La has visto ? gritó Carlos. Catalina , por compasion , respóndeme. ¿La has visto ? ¿Qué significa tu lenguaje ? ¿Que te propones ?

La he visto ! respondió la condesa : y le refirió seguidamente toda su conversacion con Luisa , pintando

con patética elocuencia la sublime abnegacion de la santa niña.

Carlos desahogó su agitado corazón con un torrente de lágrimas. La condesa las recibió en su pecho, y la dureza de su language desapareció á vista del dolor de su amante.

No te aflijas así, le decía con dulcísimo acento, acaso no eres tan culpable como en este momento te juzgas, ni la desgracia que te oprime tan irreparable como piensas. Los hombres te habian unido á Luisa con vínculos perpetuos, que son acaso un peso demasiado enorme para una vida pasagera; pero las almas destinadas á la eterna vida, las almas se encontrarán en el cielo; y si la flaqueza de la carne las desune en la tierra, allá, donde todos los amores son compatibles; allá, donde

nunca hay crimen en el amor, donde el amor nunca se gasta; allá se volverán á unir con vínculos que nunca romperán la inconstancia ni la muerte.

No lo esperas así, Carlos mio? ¿No crees, como en este instante lo creo yo, en la inmortalidad del pensamiento y del sentimiento? ¿No necesitas de un Dios y de una vida sin límites, y de un amor inmenso? Si, hay un Dios cuya misericordia es hija de su justicia: un Dios que reconoce demasiado débil al corazón humano para que le sea posible juzgarle con severidad. La piedad, ese sentimiento divino que puso en el fondo de nuestras almas, es una emanacion de la suya.

Somos culpables pero ¿no sientes como yo una esperanza dulcísima

descender á tu alma, al hablar de la misericordia? No te parece que ese rayo de luna que penetra por la ventana y baña tu hermosa frente, baja del cielo para conducir el perdón? Carlos! Carlos! no nos cuidemos de mañana, no pensemos en las horas de un porvenir incierto, y como si fuese esta la última noche de nuestra vida hablemos de Dios y de nuestro amor.

Carlos la escuchaba y sin embargo no la comprendía ya. Estaba enteramente preocupado, y por momentos se aumentaba la agitación de su alma. Ay! aquella noche que Catalina le decía considerase como la última de la vida de ambos, no lo era: pero era si, la última que pasaría cerca de Luisa; del ángel que acababa de aparecer mas que nunca be-

llo y puro y adorable á sus ojos.

Palabras divinas salían de los labios de la condesa, pero él no podía ya oirlas. Eran las nueve de la noche, y aunque ella le rogase permaneciese un instante mas, negóse y se levantó para partir.

La serenidad de Catalina se alteró algun tanto: sus manos temblaban cuando las estendió hácia Carlos en ademan de despedida. Dentro de pocos dias, la dijo él, nos reuniremos para no separarnos mas, y por horrible que hayas pintado el porvenir que me espera, yo le acepto contigo. Pero déjame las últimas horas de esta triste noche, que deben ser consagradas á la soledad y á la amargura: deja que lllore en silencio el destino de aquella que voy á inmolarse en aras de mi amor, y

que antes de dejarla para siempre a un me sea dado oír de sus puros labios una palabra de piedad.

¡La piedad! repitió la condesa. ¡Que hermosa, que sublime palabra! ¿Cuál es el mortal que no tenga en el curso de su vida necesidad de ella? Yo reclamo la tuya, amigo mio, porque en este instante padezco mucho. Ven! sosten en mi alma una creencia que desfallece.

La esperanza de una vida futura mas allá de la tumba, es una sonrisa paternal del cielo. Yo siento necesidad de ella en este momento en que vamos á separarnos. ¡Es tan triste y tan solemne la palabra *á dios!* La mirada que recibimos del objeto querido de quien vamos á apartarnos, puede ser la última! El porvenir de mañana es tan oscuro como el de

veinte siglos. ¿Qué ángel tiende sus alas para garantir la cabeza adorada del golpe inesperado de la muerte? ¿Quién nos asegura, ¡oh amado de mi alma! que no sea esta que pasa, la última hora de la vida de alguno de los dos?

Algunas lágrimas humedecieron las mejillas de la condesa, y Carlos conmovido la dijo.

No, amiga mia, no te entristezcas con pensamientos lúgubres; si nuestras faltas no alcanzan piedad delante de Dios, en mí solo deben recaer sus castigos: en mi que he emponzoñado la vida de dos ángeles! Tu vivirás, si, para endulzar mis dias sobre la tierra, y cuando muera bendiciéndote, me presentaré resignado á recibir una eternidad de espaciacion.

Tanto me amas! dijo ella. ¡Oh! no te reconvengas nunca del mal que me has hecho: al sentirme tan amada gozo una felicidad que no sería comprada dignamente á costa de mil dolores. Carlos! te he debido momentos supremos de ventura. Si muriese ahora aun llevaría al sepulcro un aroma de amor que acaso mas tarde sería desvanecido. ¿Por qué sería una desgracia la muerte para mí? Por qué? Todavía amo y soy amada, y tal vez este fuego divino se apagaria antes que nuestra existencia. ¡Debe ser una cosa horrible sobrevivir á su propio corazón! ¡Ser un cadáver y no poder aun descansar en la tumba!

Carlos! si la muerte me sorprendiese ahora, mis últimos instantes nada tendrían de crueles. La muer-

te me reconciliaría conmigo misma y con el cielo, y el amor que va quebrantando mi fragil organización tomaría vigor de mi alma en el momento en que se desatase triunfante de la materia grosera.

Mi muerte en esta hora te ahorraría muchos años de remordimientos, y mientras mi cuerpo descansase en el sepulcro mi alma sería custodia de la tuya. Si los efectos de mi culpa no me sobreviviesen, si las lágrimas de nuestra inocente víctima no llegasen á turbar el sueño de mis cenizas, ¡cuan hermoso luciría mañana el sol sobre la piedra de mi sepultura! Y así debiera ser, amigo mio. Si yo muriese mi voz se alzaría del borde de la huesa para pedirte la paz. Compra, te diría, compra con tus virtudes el reposo de

mis cenizas, el perdon de mi alma! Expia en la tierra nuestras comunes faltas, y hazte digno de la eterna vida y del eterno amor, que Dios concede al arrepentimiento así como á la inocencia.

¡Desgraciado de ti si desoyendo mis súplicas cerrases para mi alma las puertas de la misericordia! Si tu existencia sobre la tierra fuese mas larga que la mia, si el cielo te escogiese para ser reparador de nuestras culpas, yo iria á esperarte á la puerta de aquella morada eterna que debian abrirme tu arrepentimiento y tu expiacion.

¡Oh Carlos! ¿cual es la suerte á que nos conduce esta senda de crimen en que nos precipitamos? ¿Qué seremos cuando el amor que hoy nos pierde, pero que nos justifica,

cese de dar luz á nuestro culpable porvenir? ¿En qué degradacion caerá mi alma cuando no sea mas que el hondo sepulcro de todas mis virtudes y de todas mis ilusiones?

La herencia de felicidad que la justicia de Dios debe conceder á todo mortal, no me estuvo señalada en este mundo. Fuerza es buscarla mas allá de él. Para que yo la comprendiese me ha sido dado tu amor: los momentos felices que por ti he gozado, han sido una voz divina que ha dicho á mi alma,—no desmayes ¡pobre desterrada! el foco eterno de ese amor bienhechor, cuyos destellos te alumbran, existe para ti en otra vida, en otro mundo mejor.

El amor y el dolor han arrancado de mi corazon lágrimas bienhechoras, que han sido un saludable

riego para mi alma, que yacia árida en la indiferencia y el reposo. El cansancio de la inaccion es una cosa horrible. El dolor nos revela un Dios, y el tedio nos hace concebir la nada.

Dios no llama á todos los hombres por un solo camino: la senda misma del crimen puede acercarnos á él. El arrepentimiento es muy bello. Carlos! mucho debe perdonarse al que ha sufrido mucho.

Las ideas de la condesa brotaban desordenadas é incoherentes de sus labios; pero en su semblante habia una expresion de esperanza y de fé, que jamas Carlos habia visto hasta entonces.

Si, cara amiga, le dijo, mucho debe perdonarse á un alma como la tuya. Yo tambien necesito de una

grande, de una inmensa fé en la misericordia divina. Pero en este instante solo pido tu amor, Catalina, y una última mirada y un último adios.

Tan presto debe ser! exclamó ella estremeciéndose, mas venció al instante aquella debilidad, y tomando entre las suyas las manos de Carlos, —Adios, le dijo, no olvides la conversacion que acabamos de tener: antes de partir obtén para tí y para mí el perdon de aquella muger angélica, á quien tanto hemos ofendido. Si, ponte de rodillas á sus pies y que su misericordia nos alcance á ambos.

Carlos la abrazó llorando. Y si el cielo me llama antes que á ti prosiguió con voz trémula Catalina júrame en este instante que aceptando la espiciacion que te destina, consa-

grarás tu vida al sagrado cumplimiento de tus olvidados deberes, y que me será permitida la esperanza de que una esposa desventurada no maldecirá mis cenizas.

Cárlos lo juró.

Ahora, dijo Catalina, mírame aun una vez con esa tu mirada de amor. Ahora dame tú tambien tu bendición para mi y para tu desventurado hijo. Yo te doy la mía: prosiguió poniendo sus manos sobre la cabeza de Cárlos que se habia aorrojado á sus pies. ¡Que Dios guie tus pasos, y que el angel que en la tierra te fué concedido, te acompañe por entre los pantanos del mundo, sin manchar la orla de su blanca vestidura.

Cárlos no atendió á estas palabras. Demasiado conmovido se arrancó

de los brazos de la condesa y volvió por tres veces á abrazarla.

Catalina estaba muy pálida, y su voz y sus manos temblaban notablemente; pero no desmayó su valor y vió partir á Cárlos sin que se escapase de sus labios una palabra de flaqueza.

De pie junto á una ventana prestó atento oído al galope de su caballo que se alejaba, hasta que el rumor, que fué debilitándose gradualmente cesó del todo. Entonces enjugó algunas gotas de frio sudor que humedecian su frente, y se apartó de la ventana con semblante triste; pero sereno.

El tiempo era ingrato. Nubes negras envolvian como de un manto de luto la pálida faz de la luna menguante, y el viento que azotaba los

viejos vidrios de las ventanas, formaba sonidos querrellosos, única voz que interrumpía el grave silencio de la noche.

La condesa escribió lentamente una carta: ni su mano temblaba ni se oscurecía su frente. Estaba hermosa y tranquila como en cualesquiera de sus mas brillantes dias. Sin embargo, cuando concluyó su carta algunas lágrimas humedecieron el papel que plegaba esmeradamente.

En seguida hizo venir á sus criados: recomendó á uno de ellos que llevase la carta al amanecer del próximo dia á la casa de Elvira, y como la noche se hacia por momentos mas fria hizo encender dos anchas copas de bronce y ordenó á sus sirvientes se recogiesen á descansar

XXXII

La emoción de Cárlos al separarse de la condesa se aumentaba á medida que iba acercándose á Luisa. Sentiase oprimido: tenia fiebre. Ardian su cabeza y su corazon, y no podia darse cuenta de los sentimientos y dolores que en tumulto le asataban.

Llegó á su casa en un estado de delirio, y Luisa que le aguardaba con dolorosa impaciencia, quedó espan-

tada al observar la mutacion de su rostro.

La pobre niña habia pasado las horas transcurridas de aquella noche en fervorosa oracion ; pero aunque habia llamado en su auxilio todo su esfuerzo y toda su resignacion, aunque habia implorado á Dios llorando su culpa y demandando valor, sintióse enteramente trastornada al ver á su marido.

Tendíole los brazos y él se arrojó en ellos. Aun era su Carlos, su esposo aquel que gemia en su seno: aun era suyo y dentro de algunas horas le habria perdido para siempre. A tan amarga reflexion un mar de lágrimas brotó de sus ojos, y murmuró aquellas conocidas palabras, — *¡ Señor! si es posible que pase de mi este caliz.* — Luisa, la dijo Carlos,

¿son lágrimas tuyas estas que caen sobre mi frente abrasada? ... ¡ Cuanto bien me hacen! Lloro, amiga mia, lloro sobre la cabeza de este odioso criminal. Acaso tu puro llanto alcance á lavar mis culpas.

¿ Dime, prosiguió cada vez mas delirante, dime si es verdad que todo lo sabes, que todo lo perdonas? ¿ Será posible Luisa que puedas perdonarme? No llevaré sobre mi cabeza el peso de tu maldicion?.

No, respondió ella, no, Carlos mio. Todo te lo perdono, escépte el que dudes del corazon de tu Luisa. Yo no he bastado á tu felicidad: habia jurado dártela y no he sabido. Mi anhelo seria poder en este instante devolverte esa libertad que por mi sacrificaste, y en cambio de la cual nada he podido dar á tu co-

razon: ¡ nada, puesto que no le ha sido posible vivir mio! Carlos! dime sin embargo que no me aborreces: la idea de ser para tí un objeto de odio me haria morir sin resignacion.

Aborrecerte! oh Luisa! ninguna muger ha sido jamas tan tiernamente querida: ninguna tampoco ha sido tan digna: y si mi corazon no se parte de dolor en este instante, es porque se siente mas infeliz que culpable. Luisa! hermana mia! no hay para mí corazon paz ni virtud: que encuentre al menos en el tuyo misericordia y piedad!

Tuyos son, respondi6 ella entre sollozos, tuyos son todos los mas tiernos sentimientos de este corazon. Oh! ha sido muy maltratado, es verdad! pero todavia tiene para tí

muchos tesoros de bondad. Carlos! si el dia de la vejez, cuando el amor te abandone, aun existe esta triste amiga de tu infancia, vuelve á ella y la encontrarás siempre. Vuelve, si, que nunca estará cerrado para tí su corazon.

No, no es digno de él el mio, exclamó Carlos: no merezco esa ternura indulgente que agrava mi delito. Luisa! ¿ por qué no muero á tus pies en este momento?—¿ Para qué vivir mas?

Para hacerla feliz á *ella* que tanto ha sacrificado por tí. á *ella* que ha merecido tu amor! dijo Luisa con ahogada voz.

No, no puede serlo: no puede ser feliz! exclamó Carlos. Yo he sido el asesino de ambas. Mi corazon rebosa de remordimientos, y siento en

este instante que las dos me son igualmente adoradas, y que sin embargo quisiera aniquilar á una.

A mi! si, á mi! gritó Luisa con profundo dolor. Yo soy la que estoy demas sobre la tierra.

No, tú no! exclamó Carlos cada vez mas en desórden y mas febril, tu no! porque tu eres el angel que debe salvarme... porque yo tengo necesidad de ti, de tu piedad, de tu religion, de tu virtud.

Su delirio crecia, y Luisa le hizo entrar en la cama y se puso de rodillas á su cabecera.

¿Es verdad, decia Carlos, es verdad que es esta la última noche que pasaremos juntos? De ella será toda mi culpable vida: sean tuyos estos últimos momentos de amor. ¡Porque te amo! Luisa! te amo!

Aunque pronunciada en el desvarío esta palabra hizo latir de placer el corazon de Luisa. El angel era muger, y muger enamorada.— Me amas? esclamó trasportada: ¿es cierto que me amas? ¿es cierto que no podrás ser feliz sin tu esposa?

No puedo serlo, no! Ven, Luisa, ven á soplar un aura de pureza sobre mi cabeza que se abrasa. Ven! Me persiguen imágenes de crimen, fantasmas de remordimientos. La pasion que me ha estraviado es un infierno que me cerca de llamas que punzan, que devoran. Ven, que necesito frescor, calma, inocencia! Ven y háblame de aquellos dias serenos de nuestro casto amor. Háblame de aquellos placeres sin crimen, y de aquella felicidad que á nadie costaba llanto. ¿Te acuerdas.

Luisa? Tráeme, tráeme aquel relicario de la virgen, que quitaste de tu cuello para ponerle en el mio. ¡Talisman precioso que debió salvarme! ¿Donde está?—Por qué me le han quitado? Tráele, Luisa, y ponle sobre mi corazon para que temple la violencia de sus latidos. Bien!, yo te doy gracias: me siento mejor. Háblame ahora: tu voz es á mi oído una música celestial. Recuérdame mi vida de inocencia; llama en torno de este lecho de fuego el aura pura de nuestros amores. ¿Qué se han hecho aquellos días? ¿no volverán jamas, Luisa?

Los deseas tú, Carlos? dijo ella templando el ardor de su frente con su delicada mano

Si; devuélvemelos: uno solo! uno solo al menos! He tenido tan-

tos tan crueles!

Bien! Dios nos devolverá á ambos aquella felicidad que necesitamos igualmente, y ahora yo arrullaré tu sueño—porque quiero que duermas—con aquellas dulces palabras que nos decíamos en la época apacible de nuestro amor.

Luisa, me dijiste un dia, si existe una suerte mas feliz que la mia, yo quiero conocerla. Ningun goce deseo sino me viene de ti; ni temo ninguna desgracia si tu me ayudas á soportarla.

Juntos viviremos, y moriremos juntos, y nuestras almas volarán unidas al seno de Dios: de aquel Dios que te creó tan hermosa para mi ventura, y de cuya bondad jamas se hará indigno un corazon donde tu reinas.

Prosigue, dijo Cárlos, tu voz me hace tanto bien! prosigue.

Y éramos en efecto buenos y felices, continuó Luisa. Eramos el orgullo de nuestros padres, el modelo de los esposos, y esperábamos ser el ejemplo de nuestros hijos. Figurábase yo que juntos envejeceríamos, y que al dejar la tierra podríamos bendecir á nuestros hijos, como á nosotros nuestros padres.

Si, dijo Cárlos, y ellos tambien nos hubieran bendecido; porque aquellos hijos no nos deberían una vida de vergüenza, no podrian reconvenirnos de haberlos arrojado á un mundo que les cerraba sus puertas. Háblame, Luisa, háblame de la felicidad de aquellos padres que pueden presentarse sin rubor delante de sus hijos.

Luisa continuó en efecto hablando; pero la fiebre rindió á Cárlos, y en breve quedó sumergido en aquel sueño letárgico que sigue comunmente á las grandes agitaciones.

Luisa velaba de rodillas junto al lecho y lloraba, y oraba, y pedia ya algo mas que la resignacion: volvióle á parecer posible la ventura.

El dia amaneció, y como Cárlos no debia partir hasta cerca del medio dia, rogó Luisa á D. Francisco le dejase descansar, y mientras el anciano se ocupaba en los preparativos del viaje volvió ella al lado de su marido, cuya calentura ibacediendo, permitiéndole un sueño mas tranquilo.

Sonaba el reloj las diez y ya don Francisco ordenaba que se hiciese despertar á Cárlos, cuando Luisa

recibió aviso de que Elvira de Sotomayor solicitaba hablarla.

Recibióla en su oratorio, donde acababa de entrar para fortalecerse en la oración, y se presentó Elvira tan pálida y demudada, que la salutación que había comenzado Luisa quedó ahogada entre sus labios.

¿Ha partido Carlos? preguntó con precipitación Elvira. Dentro de una hora debe partir, respondió Luisa.

No solo, añadió Elvira, no solo. Es preciso que V. marche con él.

¡Ah sí! sabe V. pues, que está enfermo? ¿aprueba V. que no le deje partir solo en esa situación?

Ese será el pretesto que V. le dé, dijo Elvira: dirá V. que quiere acompañarle solamente una jornada. Al fin de ella podrá V. revelar la verdad y le acompañará V. á su destino-

Es preciso que todo lo sepa D. Francisco en este instante, y yo me encargo de instruirle de todo. V. Luisa, dispóngase á partir, y prepare en su corazón consuelos para el desgraciado de cuya vida debe ser el ángel protector. Su esposo de V. le es sustituido. La condesa de S*** no existe ya! —No existe ya! repitió aterrada Luisa.

Dejando la vida, dijo Elvira, ha querido devolver á V. el esposo que le usurpaba. Su muerte solamente podía romper para siempre los vínculos criminales que había impuesto á Carlos, y ha querido morir. ¡Que Dios tenga piedad de un alma tan generosa y tan culpable!

Suicidada! gritó Luisa.

Si, respondió Elvira con un profundo gemido: ¡se ha asfixiado!

Suicidada! repitió Luisa: y cayendo de rodillas delante de un crucifijo.—Oh Dios mio! Dios mio! exclamó: no juzgueis la accion, sino el sentimiento. ¡Apartad los ojos de los medios, señor, y no mireis sino al fin!

Sus sufrimientos en la tierra, dijo Elvira, nos permiten tan consoladora esperanza. Hasta su suicidio ha sido expiado por su larga y terrible agonía! Encerrada en una estrecha alcoba, sofocada por una atmósfera mefítica, aquella horrible muerte debió parecerla insoportable y sin duda quiso huirla cuando ya era tarde! La posicion en que la hemos encontrado prueba que quiso en sus últimos momentos proporcionarse aire; pero en la oscuridad, en el trastorno en que debia encon-

trarse, no acertó á abrir la puerta que habia cerrado con doble llave, y junto á ella cayó sofocada. ¡Larga y atroz debió de ser su agonía! su cadaver lleva el sello de terribles padecimientos. Todavía la encontré caliente... pero ah! no pude recoger su último suspiro! Todo cuanto pude hacer por aquella infeliz que ha sido mi única amiga, fué cumplir religiosamente su voluntad postrera. Esta es: respétela V., y ruegue á Dios por su alma.

Salióse Elvira al terminar estas palabras, dejando en manos de Luisa la carta de la condesa, escrita á su amiga pocas horas antes de morir. Leyola entre sollozos: decia así.

«En el instante que recibas este papel, corre á ver á Luisa. Dila que debe partir con su esposo y que so-

lamente despues que se halle lejos de Madrid puede decirle lo que ella sabrá antes que él.

Me ha amado y su dolor será grande. Dios y ella le temparán. La mujer culpable que ha hecho á los dos esposos desventurados, vá á implorar del cielo el perdon que no espera ni desea de los hombres. Pero el de *ella* sonará dulcemente en mi sepulcro: el de *ella* dará paz á mis huesos y dulzura á mi agonía. Le imploro de rodillas y creo recibirle: su alma divina no puede negar al arrepentimiento la piedad.

Que no sepa Carlos, si es posible, que muero por mi voluntad: tendría remordimientos. Que el angel á quien confio esa existencia querida, derrame en su llagado corazon los tesoros inmensos de su ternura

y de su bondad, y que pueda él devolverle algun dia la felicidad que ella le conceda.

Mi última bendicion es para ellos, y por ellos mi último voto. Tu, mi buena Elvira, tu sabes que ha sido tuya esclusivamente mi mas tierna amistad.

No llores por mi, no: no lamente mi vida tronchada en flor todavía! La muerte no se me presenta bajo un aspecto lúgubre. Véola como un angel libertador que Dios envia al infortunio. Su mano no está armada de la sangrienta guadaña: en ella conduce una tea divina, mas brillante que el sol que ya no verán mis ojos. No, mi alma no pasará siu guia á la noche de la tumba: á sus umbrales me aguarda la esperanza; y la fe que volaba sobre mi cuna,

despierta de su largo sueño al llamamiento de la muerte y viene á abrirme las puertas de otro mundo.

La orgullosa razon se estingue con la vida; pero cuando me abandona su insuficiente luz, la luz de la esperanza renace sobre sus cenizas. Para fecundar mi corazon, la bondad de Dios me concedió el amor; pero para castigar mi soberbia ese amor bienhechor debió de ser un crimen. El designio de la providencia se ha cumplido! El amor salva mi alma, y mi muerte expia mi amor.»

Luisa guardó esta carta sobre su corazon, y por espacio de algunos minutos oró con silencioso fervor. La piedad resplandecia en cada una de sus facciones, y sus ojos elevados al cielo parecian querer penetrar

sus bóvedas eternas, para encontrar la misericordia. Jamas tan ardientes súplicas de la inocencia han implorado perdon para el arrepentimiento: jamas un alma tan pura ha intercedido por un alma culpable!

Su oracion duró los momentos que empleó Elvira en instruir á don Francisco de la lamentable catástrofe de aquel dia, y de sus tristes antecedentes. Cuando ambos volvieron en busca de Luisa, Elvira estaba llorosa, D. Francisco aterrado, solamente Luisa llevaba en su frente un rayo de esperanza. Acababa de ofrecer á Dios su vida terrestre y la felicidad que le restituia, en expiacion de las faltas de su rival que no existia; y tenia la conviccion de que su súplica habia sido escuchada.

Cárlos despertó en brazos de su esposa. — ¡ Qué largo ha sido mi sueño ! dijo : ¡ Cuanto tiempo hacia que no descansaba tan profundamente ni gozaba de un despertar tan dulce ! .. ¡ Qué hermoso es el día después de una oscura noche ! Y recordando súbitamente que aquel día debía ser el de su partida. ¡ Luisa ! exclamó con una especie de terror. ¿ Es ya efectivamente de día ? ... es ya por ventura la hora de nuestra separación ?

No, le respondió ella, no, amigo mio. Tu padre y yo hemos determinado acompañarte una jornada; no es esta la hora de nuestra separación, pero es la de nuestra partida.

Cárlos suspiró y se dispuso á marchar sin proferir una palabra.

Miraba empero á su esposa con frecuencia, y algunas lágrimas asomaban de vez en cuando á sus fatigados ojos.

Luisa le ayudaba en sus preparativos, tan silenciosa y no menos conmovida que él, y cuando sonó la hora preñada para la partida se presentó D. Francisco anunciándola.

Elvira les vió partir sin ser vista de Cárlos. Una larga y triste mirada fué la única despedida que se hicieron la amiga y la rival de Catalina.



Miraba emberto á su esposa con tre-
-cuerca y algunas lágrimas se des-
-pa de vez en cuando á sus ojos.
-dos ojos.

XXXIII.

En las silenciosas y no mezas con
-movida que él, y cuando sonó la
-hora bajada para la partida se pre-
-sento D. Francisco anunciándola.

Pronto circuló por Madrid la no-
ticia de haber muerto la condesa de
S. Pocos sospecharon que su as-
fixia habia sido voluntaria: general-
mente se le creyó efecto de un fal-
tal descuido, y se supuso la partida
de Carlos de Silva efecto del dolor
natural á la pérdida de su querida.

Nada desarma al odio como la muer-
te. El dia en que no podemos agra-
decernas, es el dia de las simpatias.

La muerte súbita de Catalina la
reconquistó todo su perdido presti-
gio. Se olvidaron sus defectos y se
recordaron sus buenas prendas. Has-
ta sus mismas flaquezas fueron poe-
tizadas, y prestaron mas vivo inte-
res á la compasion.

Habia cesado de ser bella, ilustre,
celebrada: habia cesado de ser todo,
y siempre se concede al mérito que
fué, lo que se niega al mérito que
existe.

Los hombres tenemos esta ven-
taja sobre las otras fieras. Jamas nos
cebamos en los cuerpos muertos:
necesitamos víctimas palpitantes,
que sangren entre nuestras uñas,
que giman entre nuestros dientes.

El entierro de la condesa, dis-
puesto por Elvira, fué magní-
fico.

Durante ocho ó diez dias no se habló mas que de la difunta, pero cuando el interes público fué escitado por otra cualquiera *novedad*, no se pensó ya ni en la condesa, ni en Carlos.

Tres meses despues de la partida de este, tuvo Elvira la primera y única carta que recibió de Luisa. Por ella supo que Carlos habia estado gravemente enfermo, pero que los cuidados de su mujer y de su padre, y su juventud, le habian salvado. Que no parecia sospechar que la muerte de la condesa hubiese sido voluntaria, ó al menos no lo decia. Que su tristeza era profunda, pero tranquila, y que aunque no tenia otra voluntad que la de su esposa y su padre, se manifestaba decidido á no volver jamas á España.

Esta carta escrita en Lóndres, tenia la fecha de 20 de Marzo de año de 1820.

En 1826, en una tarde bastante fria del mismo mes de Marzo, un hombre de figura hermosa aunque algo marchita, leía unas tras otras todas las inscripciones sepulcrales que habia legibles en uno de los cementerios mas antiguos de Madrid, y no se detuvo sino cuando encontró este epitáfio, cuyas letras mostraban no haber sufrido aun los deterioros del tiempo.

«Aquí yace la Condesa de S... murió el 18 de Diciembre del año de 1819, á los 25 años, nueve meses y 11 dias de su nacimiento.»

El hombre que leia los epitáfios, permaneció algunos minutos delante de éste, profundamente pensativo,

y algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos, fijos en el mármol de la sepultura.

Luego salió lentamente del cementerio y se encaminó á una de las fondas mas conocidas de Madrid en aquella época. Allí le aguardaban varios personajes notables, que iban á felicitarle y á despedirle al mismo tiempo. A felicitarle porque acababa de obtener un brillante destino: á despedirle porque dicho destino le obligaba á marchar de Madrid al dia siguiente.

Dos de aquellos personajes, saliendo juntos de su visita, hablaban bastante alto.

No hace mal carrera este diplomático de ayer, decia el uno: ¿Quedemonio de favor es este que goza en la córte, donde apenas ha estado?

¡ Calle V. ! contestaba el otro. Esto es un escándalo, pero los escándalos de este género han perdido el privilegio de ser llamados tales, en una época en que son tan comunes y frecuentes. Los extranjeros hacen bien en llamar á nuestra España una segunda Turquía. Es imposible que el número de los descontentos no se aumente rápidamente. Mientras que miles de españoles beneméritos mendigan el pan en extraños países; mientras que el comercio se estanca, la industria fallece y el empobrecido erario amenaza con una completa ruina; como podremos ver impasibles alzarse cada dia esas hechuras del favor, para las que se improvisan destinos, se inventan comisiones, se prodigan honores?... ¡La sangre del pue-

blo destinada á engordar á una corta porcion de elegidos! — Pero, piensa V. que sea solamente *el favor* el que haya elevado á Carlos de Silva?

Mientras no conozca sus méritos..

Tiene uno incontestable.

¿Cual es?

—Su dinero. Silva es muy rico.

—Y tiene una muger muy linda, y nuestro católico monarca aprecia tanto á los maridos de las hermosas!

Calle V. lengua de vibora. La muger de Carlos de Silva es *una virtud*.

Puede ser; pero ella queda en Madrid y su marido se marcha.

—Queda en Madrid porque está consagrada al cuidado de su viejo suegro que se halla ciego y enfermo; pero es una muger ejemplar, idólatra de su marido.

Si, pero el marido no es idólatra

de ella. Lo sé de buena tinta.

Sin embargo, Silva hace de su muger un alto aprecio y es uno de los mas atentos y finos esposos que he conocido.

Si, pero segun se dice no tiene otra pasion que la de la ambicion, y por muy obsequioso y muy dulce que se muestre con la linda Luisa, me han asegurado que es de puertas adentro, un compañero asaz triste é incommunicativo. Se dice que ha tenido un gran pesar con la pérdida de una querida, y que se hizo ambicioso por distraccion. Por distraccion tambien podrá su esposa hacerse cualquiera otra cosa, porque, en fin, es preciso que la vida tenga algun interes, algun objeto.

¿Hacia donde se encamina V.? Yo me dirijo al teatro del Principe.

Yo á casa del ministro de hacienda con quien tengo esta noche una conferencia.

Los dos caballeros se separaron, saludando antes profundamente á una señora que pasó junto á ellos con dos niñas muy lindas.

Era Elvira de Sotomayor con sus hijas. La mayor, que cumplia apenas trece años, era una rubia angelical: la segunda que tenia diez, era una morena de ojos de fuego, que se llamaba Catalina.

Iban á visitar á la familia de Silva; y una hora despues regresaban á su casa por la misma calle.

Elvira parecia tan profundamente triste, que la mayor de sus hijas la preguntó tímidamente la causa. ¿Qué te aflige mamá? ¿por qué has llorado tanto con aquella señora á

quien hemos visitado?

Porque esa señora, respondió suspirando Elvira, es muy buena y muy infeliz. Cuando tengais algunos años mas, hijas mías, os contaré una historia muy triste: la historia de *dos mugeres* ambas muy generosas, muy bellas y muy desventuradas. Esa historia será para vosotras una leccion provechosa.

Y las niñas callaron y Elvira calló tambien.

Hasta aqui llegan nuestras noticias fidedignas. Cualquiera otra cosa que quisiéramos añadir, sería fundada sobre conjeturas.

Ignoramos si Elvira refirió, como lo habia ofrecido á sus hijas, la historia de las dos mugeres. Y si asi lo hizo ¿qué impresion dejaría en el corazon de aquellas jóvenes?

¿Qué verdad les revelaría? ¿Qué provechosa lección podrían recibir de esta historia?

Acaso ninguna: acaso nada les dijo, nada les reveló, sino que la suerte de la muger es infeliz de todos modos. Que la indisolubilidad del mismo lazo con el cual pretenden nuestras leyes asegurarlas un porvenir; se convierte no pocas veces, en una cadena tanto mas insufrible cuanto mas inquebrantable. Seres apasionados y débiles, ya ofensoras ya ofendidas; ellas son las que salen destrozadas, y en sus propios yerros como en aquellos de que son víctimas, ellas son siempre las que presentan al mundo, que las contempla con indiferente egoismo, ó con fria severidad, el espectáculo de aquellos silenciosos dolores, de

aquellas profundas desventuras que pudieran servir de expiación para mil crímenes.

La culpable encuentra por dóquier jueces severos, verdugos implacables. La virtuosa pasa desconocida y á veces ay! calumniada. ¡Y la culpable y la virtuosa ambas son igualmente infelices, y acaso tambien igualmente nobles y generosas!

Esta novela

FIN.

12/11/52

~~3115A6P~~
3T

Complet, en d
Volumen 3^e van los
toms 3^e y 4^e

es 24 I

